

La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

Año V Madrid, 15 de Febrero de 1931 Núm. 99

Redacción y Administración:

PRINCE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones

en las principales librerías

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO - PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION

ANUAL

España y Países del Convenio postal Hispanoamericano... 7.50 pesetas
Estranjero... 10.00 —

ANUNCIOS DE

TARIFA

75 cts. la línea del cuerpo 8
Polizas de suscripción
Descuentos: trimestre, 10 %
— semestre, 15 %
— anual, 20 %

Exclusiva de la publicidad en «LA GACETA LITERARIA»: RUDOLF MOSSE IBERICA, S. A. EN MADRID: Nicolás María Rivero, 11. Teléfono 15525.—EN BARCELONA: Rambla de Cataluña, 15. Teléfono 13130

SERMONES Y MORADAS (1)

1

Ya es así

Cada vez más caído,
más distante de las superficies castigadas por los pies de los combatientes,
o más lejos de los que, apoyándose en voz baja sobre mis hombros, quisieran
[retenerme como pedazo vacilante de tierra.
Veo mi sangre a un lado de mi cuerpo,
fuera de él precipitarse como un vértigo frío.
Y esta lengua,
esta garganta, constituida ya para ahogar ese poco de agua que se oye siempre
[en todos los adioses,
esta lengua y esta garganta me hacen pesado el mundo,
huir y enmudecer antes de tiempo.
Allá abajo,
perdido en esa luz que me trata lo mismo que a un muerto más entre las tumbas,
junto al peligro de los nombres que se pulverizan,
con la lejana tristeza del que no pudo hablar de sus viajes,
a derecha e izquierda de los demasiado solos te espero.

2

Sin más remedio

Tenía yo que salir de la tierra,
la tierra tenía que escupirme de una vez para siempre como un hijo bastardo,
como un hijo temido a quien no esperan nunca reconocer las ciudades.
Había que llorar hasta mover los trenes y trastornar a gritos las horas de las
dando al cielo motivo para abandonarse a una pena sin lluvia. [mareas,
Había que expatriarse involuntariamente,
dejar ciertas alcobas,
ciertos ecos,
ciertos ojos vacíos.
Ya voy.
Tenías tú que vivir más de tu media vida sin conocer las voces que ya llegan
[pasadas por el mundo,
más aislado que el frío de una torre encargada de iluminar el rumbo de las aves
[perdidas,
sobre el mar que te influye hasta hacerte saladas las palabras.
Tú tenías a la fuerza que haber nacido solo y sufrido sin gloria para decirme:
Hace ya treinta años que ni leo los periódicos: mañana hará buen tiempo.

3

Estáis sordos

Siento que andan las islas,
que la tierra se asombra de sentirme otro hombre tan distinto al que impuso a sus
[huéspedes la pena de matarle día a día.
Las costas que están tristes de no viajar nunca y nacieron de espaldas al mundo
[por no verlo ni oírlo,
acostadas de pena saben que se van lejos,
sienten que me llevan muy lejos sin saber ni mi nombre,
ni el número de veces que fui odiado y querido por los mismos que a estas horas
[en hueco tendrán que recordarme,
que zaherirme,
al encontrar mis huellas en ese insulto dicho casi sin ganas,
en aquel proyecto nunca llevado a cabo
o en aquella pasión mantenida hasta el límite donde tan sólo un paso más da una
Amigos,
¿no sentís cómo andan las islas?
¿No oís que voy muy lejos?
¿No véis que ya voy a doblar hacia esas corrientes que se entran lentísimas en la
[inmovilidad de los mares sin olas y los cielos paralizados?
Oigo el llanto del Globo que quisiera seguirme y gira hasta quedarse mucho más
[fijo que al principio,
tan borrado en su eje que hasta los astros menos rebeldes transitan por su órbita.
¿No oís que oigo su llanto?
Siento que andan las islas.

RAFAEL ALBERTI.

(1) Libro próximo.

Fredéric Lefèvre

Una hora con Eugenio d'Ors

Fué en la piscina de un Club, cerca de la plaza de la Concordia, donde encontré por primera vez al filósofo. Estaba casi desnudo y nadaba. Obligado a permanecer con bastante frecuencia en París para seguir, como representante oficial de España, los debates del Instituto de Cooperación Intelectual, Eugenio d'Ors no puede ni quiere permitirse el llevar la existencia libre y dispersa de un turista. Consagra toda la mañana a sus trabajos habituales. Pero como guarda en todas partes la costumbre española del almuerzo tardío, quedale una hora, al mediodía, para los ejercicios corporales y para ese "placer de desnudarse" que es, en él, más que una higiene, casi una moral.

—Si, me dice, las costumbres de la antigüedad vuelven. Las más finas sensibilidades no buscan ya el resucitar en una vida "a rebours" la preciosidad de los Esesintes o de d'Annunzio. Place de nuevo, hoy, el valor de una existencia sin complicaciones superfluas. En cuanto al desnudo, cuya libertad y hasta culto es, a mi entender, una de las manifestaciones más importantes de la civilización contemporánea, ¿conoce usted la leyenda referente a la construcción de la iglesia de Saint-Wolfgang, en Salzkammergut? El santo obispo arquitecto empleó en ella a los demonios, sin pagarles su trabajo, eso no hay ni que decirlo... Así, con frecuencia, fuerzas malas cooperan en una obra de bien.

"Ciertamente, en este sentido de la libertad del cuerpo, concurren muchas tendencias que tienen carácter obscuro y demoníaco. Ello no empece a que trabajen sin saberlo tal vez, para acercarnos a este fin esencialmente moral: separar con pulcritud el "sentimiento del cuerpo", —de orden superior, puesto que su naturaleza es clara y orgánica— del "sentimiento de la carne"— obscuro y amorfo... Me ha satisfecho al ver a nuestro amigo Henry de Montherlant exponer, con la autoridad que le concede una larga experiencia deportiva, criterios análogos. Yo añado que, para mí, esta diferencia entre "cuerpo" y "carne" es absolutamente la misma que separa a la "palabra" del "grito", y, en último análisis, lo que es clásico de lo que es romántico, o, más bien —usted conoce mi terminología—, barroco.

Miro a mi interlocutor. La vida deportiva le ha aprovechado. Los que le conocen más de cerca aseguran que sus sentidos tienen la agudeza propia de un primitivo. Prescinde de óptico y de dentista, ve a su médico cada diez años. Afirma poder no dormir sino una noche cada dos, poder hacer excesos, a su voluntad...

—No ha sido en un día en lo que he llegado a este dominio corporal. Descendiente de una familia largo tiempo ciudadana —mis antecesores habían abandonado desde el siglo XVIII sus tierras de Ors, en la actual provincia española de Lérida—, nací en Barcelona y allí he vivido mis primeros años, pobre niño flacucho y enfermizo, bajo las mofas crueles de los jóvenes porque la paternal prudencia le obliga a llevar un abrigo de pieles, cosa extraordinaria para esta ciudad de clima suave... Aquel abrigo ha jugado un gran papel en mis infantiles sufrimientos. A los diez y siete años

los médicos declararon que, en rigor, podía continuar mis estudios, a condición de supeditar mi salud a muchos cuidados y, por ejemplo, "de estar ya en casa diariamente hacia las seis"... Pero, he aquí, el nuevo siglo comenzaba. Era rico en tentaciones, en promesas. La época se ofrecía para mí como una fiesta, y valía la pena exponerlo todo para no ser excluido de ella. Así, después de haber seguido algún tiempo el régimen melancólico preconizado por los doctores, partí.

"Dejé todo a la vez: ciudad, patria, afectos, familia. Fui el estudiante vagabundo de las Universidades europeas, de París —sobre todo de París—, de Ginebra, de Heidelberg, de Munich... Había hecho anteriormente en Madrid estudios de Derecho en el momento en que la crisis moral producida en España por la pérdida de nuestras últimas colonias, traduciendo en una especie de examen de conciencia (hemos tenido nuestra "post-guerra" en 1900), indicaban los peligros del aislamiento. Así nuestros gobiernos comenzaron a enviar al extranjero becarios de estudios. Yo fui uno de estos pensionados cuya influencia en la vida intelectual española merecerá algún día ser analizada, en conjunto, por nuestra historia.

—¿Fué en la filosofía en lo que trabajó usted sin duda, durante esos años "de viaje" y "de aprendizaje" a la vez?

—En la filosofía... y en todo. Todo me atraía, como todo, aun hoy, me atrae. El pensamiento y la vida. Las artes, todas las artes. Los oficios en sus más obscuras formas y las más recónditas. Los paisajes y la historia. Los grandes hombres y las existencias silenciosas. Roma y el desierto. Mi curiosidad ha querido atacar a todo. Pronto tuve esta intuición de

SUMARIO

Este número contiene:

Sermones y moradas, por RAFAEL ALBERTI.—Una hora con Eugenio d'Ors, por FREDERIC LEFEVRE.—Poemas: Marina, de T. S. Eliot, trad. de J. R. J.—Torpedo en la pista.—Confesión de E. M. Remarque, por W. DUESBERG.—El Bautista de la 98, por RAFAEL MARQUINA. Campañas de LA GACETA LITERARIA: La valorización informativa del libro, por ATAULFO G. ASENJO.—El sefardismo y el mundo judío, por SAM LEVY.—Panorama de la literatura búlgara, por BORIS CHIBATCHEFF.—Cinema: Galdós y los enemigos de siempre, por L. GOMEZ MESA.—Alberto Cavalcanti nos concreta, por JUAN PIQUERAS.—El 98 y Holanda, por el Dr. G. J. GEERS.—Actualidad literaria yanqui, por AURELIO PEGO.—Discos románticos, por GUILLERMO DIAZ PLAJA.—Polémicas universitarias, por APARICIO.—Libros sobre el siglo XV, por JAVIER DE SALAS.—Postales chilenas, por RAUL SILVA CASTRO.—Fenómenos sociales, por M. ARBOLEYA MARTINEZ.—Dos conferencias de Eloy Bullón, por R. M.—Pío Baroja, por JAIME IBARRA.—Notas acerca de Francisco Mateos, por MIGUEL PEREZ FERRERO.—Enrique González Martínez, por PIERO PILLEPICH.—Poemas de adolescencia, por MARCIAL RETUERTO.—Escaparaté de libros.

que la filosofía era una forma del saber desprovista de contenido propio y que debía adquirir su materia por todas partes, con afán de transformarlo, de convertirlo en substancia eterna, de convertir, como tengo por costumbre decir, "la Anécdota en Categoría"...

Miro de nuevo al autor de *Glosari*, este *Glosari* que cuenta ya hasta veinte volúmenes y que es, como dice M. Sarraïl, el profesor de Poitiers, en su prefacio de la versión francesa de "Tres horas en el Museo del Prado" de Eugenio d'Ors, no ya el diario de una existencia, sino el de una inteligencia. De una inteligencia a la que nada es extraño. "Summa de los tiempos modernos" ha sido llamado el *Glosari*, en Francia. Y, en Alemania, la *Allgemeine Rundschau* había escrito: "Eugenio d'Ors, el Sócrates de la España moderna"... Pero no es en Sócrates en quien pienso yo. Este exaltado elogio de la curiosidad universal hace pensar, mejor aún, en Goethe.

Yo sigo:
—Usted, que ha titulado a uno de sus trabajos de psicología "Estudio sobre la curiosidad", ha debido de comenzar por predicar con el ejemplo e incluirse en la escuela de los grandes curiosos de la historia, como Leonardo y Goethe.

Sin duda alguna, Goethe es el hombre que, por su perfecto sentimiento de la totalidad, por ese gusto de vivir en la unidad, por ese afán de síntesis que muestra hasta en las cosas más nimias y aun en las más vulgares, puede hacer despertar con fuerza la emulación de un espíritu joven.

En cada gran hombre, un don, una cualidad, una aventura, una obra, puede atraernos con preferencia. Podemos envidiar la serenidad de Platón, la fecundidad de Shakespeare, el estilo de Voltaire, el automóvil de nuestro vecino. Podemos desear ser los autores de la Capilla Sixtina o de tal *Manuel* lleno de inspiración y comodidad. Pero queríamos ser Goethe. Aquí, el modelo es de tal riqueza, tan superior, que nos conduce su contemplación casi a esa extrema blasfemia de renegar de nuestra personalidad y desear cambiarla por la suya.

Un espíritu clásico siempre gusta, no precisamente el de ser así dichoso o, como suele decirse, de llegar (¡qué miseria!), sino el del éxito por excelencia, cual fué el de Goethe. Genios mayores que el suyo no tuvieron su suerte. Testimonio de ello es Leonardo, que más bien parece un ejemplo en la ambición de llegar a ser un ángel.

Yo no dudo, en principio, en dar a Goethe la denominación de filósofo, dejando al vocablo la plenitud de su sentido. Bueno será no olvidar jamás la concreta separación que Schopenhauer ha establecido entre "el filósofo" y "el profesor de filosofía". Las costumbres burguesas y el funcionarismo académico han acabado por producir a este objeto una lastimosa confusión. Ya se ha ensayado el encerrar la catividad filosófica en uno de los sectores del saber y hasta en uno de los aspectos de la administración pública. Ni el caso de Platón, escultor y poeta; de Leibniz, filólogo, matemático, místico, abogado, historiador, hombre de Estado; de Descartes, soldado y autor de *bailables*, ni siquiera el de Kant, profesor de geografía y autor de gramáticas, por no hablar de individualidades inclassificables como Montaigne y Voltaire, o de aquellos respecto a los cuales se han hecho dudosas atribuciones —pienso en aquel Bacon quien, según algunos sería el autor de las obras de Shakespeare—, no han convencido a estos acérrimos guardadores de las clasificaciones rígidas. ¡Desdichados!; si rezongan contra Nietzsche, ¿cómo podrían aceptar a Goethe?

Y, sin embargo, si se niega a este poeta el título de filósofo, ¿cómo llamar —os pregunto— al conjunto de pensamientos que se ordenan, enciclopedia viva, en ese libro extraordinario: las *Conversaciones con Eckermann*? Este conjunto tan variado se organiza inevitablemente en sistema y puede reducirse a una sinopsis, a un largo encadenamiento lógico de principios en torno de una intuición central. ¿Cómo no llamar "filosofía" a una doctrina que posee estos tres

caracteres: originalidad en la concepción, unidad orgánica en el desenvolvimiento, universalidad del objeto?

Coincido por completo con su interlocutor de un día, André Suarés, que declaraba no haberse rendido aun plena justicia a Eckermann. Eckermann ha descubierto una *terra incognita* en el orden de la expresión formal en filosofía. Es un inventor al modo como lo es Platón, por su descubrimiento del diálogo, y Renan por el del drama filosófico. Todos estos descubrimientos son episodios en la historia general del pensamiento entendido como "diálogo", es decir, como verdadera dialéctica (note usted que ambas palabras tienen la misma raíz, indicio de un parentesco en su significado). Pero a este objeto tendría demasiadas cosas que decirle, y como debería, inclusive, referirme a usted...

... Mejor es aplazar esta parte de nuestra entrevista. ¿Pero usted no parece ser de los que piensan que el diálogo es una variedad del ensayo y que, en suma, Platón y Renan no fueron sino ensayistas?

La moda inglesa del ensayo ha invadido el continente. Me repugna. Corresponde a un fragmentarismo que es, en realidad, lo que hay de menos filosófico. Quiérase o no, toda verdadera filosofía es un sistema, es decir, una organización total, una estructura, una arquitectura. Pero una especie de impotencia ha esterilizado, sobre el plan filosófico, a los hombres cuya obra cabalgó sobre el siglo XIX y el presente siglo. He aquí un muy significativo ejemplo en Georges Simmel, cuya agudeza en la visión no tenía igual sino en su incapacidad para construir.

En rigor, y en otro orden de producción, esta impotencia fué también la dote de un Rodín. La "Puerta del Infierno", donde vuelve su ambición, muestra su quietud; no obstante el multiplicar los trabajos fragmentarios, los bosqueja. Como no había concebido su sistema sino vagamente, no llega nunca a una realización del conjunto.

Por el contrario, en las nuevas generaciones, un constante anhelo de totalidad y de unidad las hace aborrecer intuitivamente todo lo que no tiene significación precisa en el conjunto de una obra personal. Hasta para un impresionista, como Proust, ¿no nos ha rogado que esperemos a la total publicación de la obra para aportar un juicio sobre su valor arquitectural?

Así es como la obra de usted, que avanza en tan variadas direcciones y contiene tantas circunstancias, queda, sin embargo, sólidamente organizada alrededor de un sistema central.

Sí, casi desde el principio.
—Un sistema de tendencia intelectualista o, más bien, neo-intelectualista.

Justamente, en contradicción con el intuitivismo y el pragmatismo de los maestros de nuestra generación, los Bergson, los Boutroux, los Blondel, los William James... Pero, como usted ha dicho precisamente, nuestro intelectualismo era y debía ser un neo-intelectualismo.

Personalmente, mi ambición fué siempre conseguir lo que yo llamo la *reforma kepleriana de la filosofía*. Usted ya sabe cómo Kepler, reemplazando, para la cosmografía, el esquema en órbitas por el esquema en círculos, de los Antiguos, consiguió, al mismo tiempo, integrar en la racionalidad cierto número de hechos que los progresos de la observación habían llevado a los astrónomos a averiguar, y que, hasta entonces, debían considerarse como *irracionales*, y logró así la *explicación regular del Mundo*. Por eso halló la *elipse*, forma más complicada, más flexible, por decirlo así, que el círculo, curva formada alrededor de dos centros y no de uno solo... Pues bien, lo que es preciso descubrir, valga la frase, es la *elipse de la Razón*, la forma que sea algo así con la Razón del antiguo lo que la elipse con el círculo. En otros términos, proceder, con las adquisiciones del pragmatismo (importantes, sobre todo, en su parte negativa, de crítica de la ciencia), como se hizo un día en cuanto a las monarquías absolutas con las fuerzas populares, revoluciones. Hacer la parte del

fuego. Aceptar la limitación para conservar la soberanía.

Lo que reprocho —vea usted— a algunos espíritus excelentes, como M. Benda, es el comprometer, por exceso de celo, una causa que nos sería común... ¿Cómo puede soñarse en una vuelta exacta al antiguo racionalismo?...

Satisfaría a nuestros lectores saber cómo ha injertado usted su sistema en este intelectualismo ensanchado.

Temo que este resumen en pocas palabras no sea empresa apenas posible en las condiciones de improvisación de nuestra charla... Un ensayo de esta índole debe, primero, encontrar, conforme a sus proyectos de usted, su oportuno lugar en nuestras próximas entrevistas. Para lo que es de caracterización general, puede usted, desde ahora, notar esto: partiendo, por un lado, de las estrechas relaciones entre "la dialéctica" y "el diálogo", mi doctrina reúne, en el mismo proceso de abstracción, obrando directamente sobre lo concreto, la filosofía y el dibujo, gemelas actividades del espíritu y cuya función, a mi modo de ver, es por completo análoga. Colocado, en teoría, entre la pintura propiamente dicha —arte de imitación inevitablemente— y la algebría —puro sistema de signos—, el dibujo realiza la abstracción concreta, igual que la filosofía, equidistante de la historia, cuyo objeto es lo concreto —casi lo concreto (Croce no tiene razón)—, y la matemática, cuyo objeto es la abstracción, casi la abstracción (la "Logística" no es más que un sueño... Tal vez una pesadilla).

Excepción hecha del primero de mis trabajos, "Religio est libertas" (publicado en Heidelberg, hace veinte años, traducido más tarde al italiano por el profesor Vidari), y cuyo objeto es descubrir lo que en aquella no es reductible a la determinación, al dibujo, y que concluye formulando la tesis de la afirmación de la libertad como *substancia*, no como cualidad adjetiva (por esto rehúso yo el derecho a hablar de *libre pensamiento*, no conociendo como expresión legítima más que la de *libertad pensante*), todo el resto de mis esfuerzos, a la vez que ligaba fuertemente los conceptos de "filosofía" y de "dibujo", ha intentado presentarse, a su vez, como una construcción reductible al dibujo, al esquema, a la sinopsis. Se puede distinguir en este trabajo de estructuración tres etapas: primero, entre 1908 y 1914, soy todavía un disperso, como la mayor parte de mis contemporáneos, trabajo el fragmento. La colección de estos fragmentos ha sido, con todo, reunida y clasificada en 1915 por dos de mis discípulos, en una antología que lleva el título "La filosofía del hombre que trabaja y que juega". La segunda etapa, entre 1915 y 1921, prepara la sistematización, por medio de los cursos en mi seminario de filosofía de Barcelona; a partir de este momento, *no escribo ya ninguna monografía filosófica más...* El sistema ha sido expuesto por entero y por la primera vez, en 1921, en la Universidad de Córdoba (Argentina).

Una primera parte, la *Dialéctica*, puede considerarse desde este momento como acabada. Quedan otras dos, para completar el conjunto: la *Física*, o tratado de la Naturaleza, y la *Poética*, tratado del espíritu (entendiendo siempre espíritu como creación, *poesis*). Esta última parte me ocupa actualmente: la *Kulturwissenschaft*, ciencia de la cultura, constituye uno de los últimos capítulos de la misma. En cuanto a la Física, una parte de ella ha sido objeto de un curso profesado en la Academia de Ciencias de Lisboa sobre "la concepción cíclica del universo".

Pero, por diverso que sea el contenido de este conjunto, insisto en creer que puede reducirse siempre a un esquema, a un cuadro sinóptico, a un dibujo. De buena gana hago mía la palabra de Lord Kelvin: "Lo que se me puede dibujar, lo comprendo; lo que no se me puede dibujar, no lo comprendo".

Pero no se trata solamente de comprender, sino de vivir. Antes de abstraer y después de haber abstraído, si no se quiere anemiar la substancia filosófica, a fuerza de clausurarla, hay que ponerla en contacto con la realidad en todos sus ór-

denes, y hasta servirles de ella como de un arma de combate.

Ha predicado usted con el ejemplo: no es en este momento, en que han sido revelados al público francés sus trabajos sobre Goya, en este momento en que nuestros editores publican traducciones de sus "Tres horas en el Museo del Prado", "El arte de Goya" y "La vida de Goya", en este momento en que la Escuela del Louvre acaba de encargarse de un curso público sobre la escultura española, cuando puede olvidarse su actividad como crítico de arte.

Nuestros lectores se acuerdan, por otra parte, de esta "Oceanografía del tedio", que renueva de un modo tan imprevisto el cuento filosófico. Esperamos con impaciencia la traducción de "La Bien Plantada", de "El Valle de Josafat" y de este "Glosario", cuyo texto ha sido sucesivamente catalán y español, y que comprende ya una veintena de volúmenes. Hay, por último, su actividad de profesor y de conferenciante...

Rigurosamente, y a pesar de una bibliografía personal que empieza a ser copiosa, no he escrito y al mismo tiempo vivido más que tres obras. En primer lugar, el *Sistema* de que hablamos hace un instante: la obra de un pensamiento que se encara con su propia unidad. Viene luego el *Glosario*, en que el pensamiento se encara con la muchedumbre de las cosas y de los problemas; puede considerarse ya una gran cantidad de mis trabajos literarios, incluso aquellos que se refieren a la estética o a la crítica de arte, incluso los que tienen el carácter de una invención imaginaria, más o menos comparable a la novela o al ensayo, como a otras tantas ramas que parten de este tronco común: el *Glosario*. Queda, por fin, una tercera obra, constituida por los documentos de intervención en empresas de vida activa y de idealismo militante.

Todo lo que concierne al arte parece haber pasado al primer plano de sus preocupaciones.

Sí; y quizá no es efecto de un puro azar el hecho de que (aparte de algunas monografías técnicas y memorias filosóficas, traducidas desde hace largos años) los trabajos que he escrito sobre temas de arte hayan sido los primeros introducidos en Francia. He visto muy comentada mi concepción sobre lo barroco y el barroquismo, así como ciertas fórmulas del género de la que separa, en pintura, las formas que vuelan de las formas que se mantienen de pie. Todo esto, en mi intención, constituye un capítulo de una investigación muy amplia sobre la morfología de la Cultura, investigación donde cada forma es estudiada como el caso particular de un esquema aplicable sin distinción a dominios muy alejados del arte, de la ciencia, de las instituciones sociales. Así, en un volumen reciente, "Las Ideas, las Formas", que debe aparecer en francés a principios del año próximo, analizo el estilo común al arquitecto Palladio y al naturalista Linneo, a la Cúpula, como forma de arquitectura, a la Monarquía, como forma política, etc., etc.

Una morfología de la cultura está en vías de constituirse en los medios académicos de la Europa central, pero tiene el inconveniente de no interesarse sino por las formas primitivas y rudimentarias de los productos del espíritu, por la civilización de los pueblos salvajes, por las civilizaciones prehistóricas. Ciertamente. No se me oculta el interés de tales estudios: averiguar que la tiara de los emperadores de Oriente reproduce la forma de los cuernos del toro o que el sombrero de los jefes de tribu está dibujado como la techumbre de una cabaña de aldea negra es un hecho instructivo; pero no veo por qué no tendría el mismo interés el relacionar, por ejemplo, la ornamentación "manuelina" de los edificios portugueses del Renacimiento con los elementos adquiridos por la visión de la profundidad del Océano de la época de los descubrimientos marítimos; o que la pintura de Rembrandt está compuesta de elementos distribuidos bajo la forma de andrajó como el pobre material que se encuentra en las tiendas de baratillo de un ghetto.

Añadamos que estas averiguaciones, en cuanto al arte y en cuanto a la forma

ACENTO

POEMAS (HORA DIVERSA)
DE T. S. ELIOT

MARINA

(Quis hic locus, quae regio, quae mundi plaga?)

¡Qué mares, qué costas, qué rocas grises y qué islas; qué agua claqueando en la proa; y el aroma del pino y el tordo cantando entre la bruma! ¡Qué imágenes vuelven, hija mía!

Los que afilan el diente del perro, representando la muerte; los que lucen con la gloria del colibrí, representando la muerte; los sentados en la pocilga de la satisfacción, representando la muerte; los que padecen la estasia de los animales, representando la muerte; se han vuelto insustanciales, han sido reducidos por un viento, un aliento de pino, la bruma cantabosques; por esta gracia, fueron disueltos en su sitio.

¿Qué cara es ésta, menos clara y más clara; qué pulso en el brazo, menos fuerte y más fuerte (dado o prestado), distante más que las estrellas y más cercano que el ojo? Susurros y risillas entre hojas y pasos raudos bajo el sueño, donde todas las aguas se reúnen.

¡Bauprés rajado del hielo y barniz abierto del calor! Yo lo hice, lo olvidé y lo recuerdo. ¡La jarcia endeble y la lona podrida, entre este junio y aquel setiembre! Yo hice míos esta inocencia, esta subconciencia, este desconocimiento. ¡La traca de la cubierta hace agua, las juntas están pidiendo brea! Esta forma, esta cara, esta vida que vive para vivir en un mundo de tiempo mayor que yo. Déjame renunciar a mi vida por esta vida, a mi palabra por la no hablada. ¡El despertar, los labios abiertos, la esperanza, los nuevos barcos!

¡Qué mares, qué costas, qué islas de granito hacia mis maderos! ¡Y el tordo llamando entre la bruma, hija mía!

LA FIGLIA CHE PIANGE

(O quam te memorem virgo... O dea certe!)

QUÉDATE en el descanso más alto de la escalera; apóyate sobre una urna de jardín; teje, teje la luz del sol con tu cabello; aprieta contra ti tus flores en apenada sorpresa, arrójalas al suelo y vuélvete con un resentimiento fugitivo

—Baste decirle, por el instante, que a las calidades profesionales, harto diversas, que hasta hoy han podido serme atribuidas, habrá acaso que añadir pronto otra: la de "teólogo". Y he aquí, por lo menos, un punto —añade sonriendo Eugenio d'Ors— que me relaciona con las tradiciones nacionales. La profesión de teólogo debe de quedar, a los ojos del mundo, como algo de carácter bastante español, ¿no es así?

"En todo caso, me atrevo a garantizarle que, cualquiera que sea la orientación que tomen estos estudios, perma-

en los ojos. Pero teje, teje la luz del sol con tu cabello.

Así hubiera yo visto que él se iba; así hubiera querido yo ver que ella se quedaba y se doliera; así se hubiera ido él, como el alma se va del cuerpo róto y lastimado, como el pensamiento deja el cuerpo que empleó. Yo habría encontrado una manera incomparablemente espontánea y fácil, alguna manera que nosotros dos entenderíamos, sencilla e inconstante como una sonrisa, un apretón de manos.

Ella se volvió. Pero con el tiempo de otoño se impuso a mi imaginación muchos días, muchos días y muchas horas; su pelo sobre sus brazos y sus brazos llenos de flores. Y yo me pregunto cómo hubieran estado ellos dos juntos. Yo habría perdido un gesto, un ademán. Estas representaciones me siguen sorprendido en la turbada medianoche, a veces, o en el reposo del mediodía.

SOM DE L'ESCALINA

A la primera vuelta de la segunda escalera me volví y vi que, en lo hondo, entre el vaho del aire fétido, la misma forma retorcida de la baranda luchaba con el demonio de las escaleras que tiene la engañosa cara de la esperanza y la desesperación.

A la segunda vuelta de la segunda escalera, los dejé retorciéndose, revolcándose en lo hondo. Ya no había más caras, y la escalera estaba oscura, húmeda, serruda como la boca de un viejo baboso sin remedio, o el gañote dentado de un tiburón monstruoso.

A la primera vuelta de la tercera escalera se rajaba una celosía ventruda como el higo; y más allá del espino y el cuadro pastoral, la figura maciza vestida de azul y verde, encantaba mayo con una flauta antigua. ¡Dulce pelo flotante, pelo castaño flotante sobre la boca, las lilas, el pelo castaño! Esparcimiento, son de la flauta, vacilaciones y pasos del pensamiento en la tercera escalera; desvaneciéndose todo, desvaneciéndose, esfuerzo más grande que la esperanza y la desesperación, subiendo la tercera escalera.

Señor, yo no soy digno; Señor, yo no soy digno; pero di solamente la palabra.

(TRAD. DE J. R. J.)

se encuentran, en la hora actual, singularmente facilitadas por el hecho de que el público ha vuelto a mirar, a ver, a servir de los ojos, reaccionando así contra las consecuencias de una formación abstracta, *todo lecturas*, que ha seguido a la difusión de la imprenta... Se lee hoy peor tal vez que hace cien años. Pero se sabe mirar mejor... La abundancia de exposiciones de pintura, grandes o pequeñas, el cine, los escaparates, el reportaje fotográfico, las colecciones y museos de toda clase... La civilización de mañana será, estoy persuadido de ello, una civilización visual.

—Pero la parte literaria de la producción de usted no se limita a los trabajos sobre el arte. Acaba de decir usted que incluso sus cuentos y sus novelas forman en este orden de ideas como ramas que salen del tronco del Glosario. Pero, en fin, ¿este Glosario está también inspirado de espíritu filosófico?

—Usted sabe que el "Diccionario filosófico portátil", de Voltaire, es el que se ha dado como precedente formal del género. Acaso piense usted en los *Propos* de Alain: habría mucho que hablar. En cuanto a la inspiración fundamental de la empresa, puedo resumirla en estas palabras: he colocado la obra del Glosario bajo el patronato de San Cristóbal.

"En las antiguas corporaciones, el trabajo estaba siempre puesto bajo el patronato de un santo. Yo he elegido a San Cristóbal como patrón del Glosario. San Cristóbal era, para sus fieles de la Edad Media, uno de los catorce santos cuya devoción tenía una eficacia particular. Protección contra "la mala muerte", es decir, la muerte por accidente: por esta razón ha llegado a ser el patrón de los automovilistas. Además, como en aquel tiempo ya les era difícil a las gentes el recogerse, los decoradores de las iglesias tuvieron cuidado en colocar la imagen del santo de tal manera que pudiera ser percibida desde fuera, y la hicieron también muy grande para que fuese vista desde lejos y sin esfuerzo.

"Si este saludo rápido, en medio de la agitación cotidiana, bastaba para defender durante una jornada la integridad corporal, bien parece que debamos, por otro lado, proporcionar a todo ser humano el medio, entre la dispersión enloquecedora de la vida moderna, de obtener un contacto cotidiano, por rápido que sea, con ideas capaces de santificar una jornada empleada en gestiones y preocupaciones materiales. El tesoro de la vida del espíritu no debe permanecer encerrado en las Escuelas. Por el periódico, por la conferencia, por carteles, inclusive, por carteles fijados en las paredes, el espíritu debe avanzar hacia las muchedumbres y otorgarles nobleza y dignidad".

—La larga y decisiva campaña de "política de las luces", cumplida por Eugenio d'Ors en España, sobre todo en su *Cataluña nativa*, acude en este momento a mi memoria, al oírle hablar de esta necesidad de darse, de ser útil, de "comulgar con el alma popular". Director de Instrucción pública a los treinta años, a la vuelta de sus viajes, como estudiante en el extranjero, ha empleado quince años de su vida en fundaciones de cultura. El período de 1910 a 1920, en Barcelona, fué, a este propósito, especialmente fecundo.

—En esta época —me confía—, cada quincena estaba señalada, bien por la fundación de una escuela, de un instituto de altos estudios, de una biblioteca, bien por la publicación de un libro o de un fascículo de revista. El esfuerzo debió cesar, vencido en parte, en 1920. No siento, sin embargo —añade d'Ors—, el haberle consagrado mi juventud. Hubo en ello jornadas muy bellas.

"En 1921 tuvo lugar mi viaje de cursos y conferencias en Argentina y en Uruguay, donde el sistema de filosofía fué expuesto por primera vez. Después, la Residencia de Madrid, la enseñanza de la Ciencia de la Cultura, la Academia, en 1927... Y, todavía, nuevas tentativas de *Aufklärung*, de difusión de las luces.

"Hay algo de misterioso en este destino que me conduce de cuando en cuando a renovar con los humildes de la tierra una especie de antigua alianza. Per-

mitame a este propósito evocar un recuerdo de infancia, que no me ha abandonado a través de los años, y que, en circunstancias decisivas de mi existencia, ni siquiera tengo necesidad de resucitar; tanto ha conservado el carácter de obsesión.

"Hacia el fin del siglo XIX, las luchas obreras fueron, en una ciudad industrial como Barcelona, particularmente activas. Había muchas manifestaciones de primero de mayo. Estas manifestaciones, ocurría que tuviesen por escenario el mismo paseo elegante al que los niños ricos eran conducidos por sus familiares o institutrices. Y he aquí cómo un día me aconteció el perderme, niño chico, abandonado de la mano que me conducía, en medio de esta muchedumbre. Me encontré entonces solo, creo que por primera vez en mi vida, solo entre el pueblo manifestante, con mis manos enguantadas, con aquel famoso gabán forrado de pieles, que me daba tanta vergüenza... Pero la corriente de manifestación que pasaba hubo pronto de incorporarme a sus olas tumultuosas. Y así fué cómo me manifesté un día, sin darme cuenta de ello y lloriqueando, a favor de la jornada de las ocho horas.

"Una mujer manifestante se burló de mí, y, era fatal, de mi gabán. Otra hubo que rió muy fuerte, oyendo a la primera. Pero una tercera, una trabajadora de fábrica —veo todavía sus cabellos muy rojos, a lo Luisa Michel—, viendo mis lágrimas, se me acercó, me acarició, hizo callar a las desvergonzadas y me dió la mano. Un poco más lejos me confié al primer guardia que se encontró en el camino: no importa, yo había sido ya, durante unos instantes, un manifestante más, un manifestante del 1.º de mayo.

"El contacto de esta mano áspera sobre la mía demasiado tierna he continuado sintiéndolo toda la vida. Lo siento aún. Fué una manera de pacto tácito, una alianza sellada para siempre.

"Y quizá esta es la razón de que, filósofo encerrado en las especulaciones más abstractas, estético amoroso de los juegos formales más raros, escritor obscuro, según dicen, amigo de los medios más selectos y de las sociedades más exquisitas, no haya podido yo, a pesar de todo, claustrarme en la famosa torre de marfil de los diletantes egoístas; de que un impulso casi constitucional me haya siempre llevado a servir, a hacerme útil, incluso en las formas de mayor modestia.

—Las mismas obras y trabajos de vulgarización no repugnan a usted.

—Me niego, en general, a dar este nombre a páginas que se refieren más bien a un orden de conocimientos sintético, traducido a formas vivas y amables, sin traicionar por ello la complejidad y la dificultad de los problemas. Bien al contrario, cabe pensar que se encuentra ahí un modo de actividad pura en la investigación de la verdad por el hombre. Recuerde usted cómo, según la escolástica (y hasta según Aristóteles), la jerarquía de las inteligencias coloca en el más alto lugar a aquellas que alcanzan a conocer, por medio de actos más sencillos y menos numerosos, la de los ángeles, por ejemplo, y, en supremo grado, la de Dios. No estaría yo lejos de reclamar el título de "conocimiento angélico", como aplicable a estas formas de operación intelectual en que una opinión impía persiste en no ver otra cosa que una "vulgarización". Sócrates, prodigando su saber en medio del mercado y en formas divertidas, hacía el papel de ángel, al lado de la enseñanza pedantesca de los sofistas de su tiempo. Ciertas obras de un gran alcance, a despecho de sus formas sociables y de su tono de buena crianza, reproducen el mismo carácter angélico... Pienso, sobre todo, en algunos productos esencialmente franceses: el *Discurso del Método*, de Lavoisier.

—No ha faltado quien advirtiera que, de un tiempo a esta parte, parece complacerse usted en emplear las palabras "ángel", "angélico". En una Carta abierta a su amigo Valéry Larbaud, que "Le Roseau d'Or" ha publicado, llega usted a aludir a algunos estudios que acaso se refieren a este orden, bastante misterioso, del saber.

El Torpedo en la pista

Nos produce repugnancia —y siempre protestamos contra él— el hecho de que no sean respetadas las jerarquías de la Inteligencia. La agresión incivil y callejera a quien tiene —con el privilegio de poder ser discutido, porque no se limita a repetir, sino que se ejercita en crear— bien ganada la excelencia de una primera categoría, esgrimiendo contra él la chabacanería de los chistes de café recogidos entre colillas y salivazos —oficio de trapero al sol—, ha de ser siempre, siempre, por elemental función de policía urbana, repudiado y condenado.

Mucho más en la ocasión reciente, en que puede alegarse, además, que, sean cuales sean las causas, es evidente que no todos los filósofos tienen culpa inmediata de que se haya perdido la seguridad de las digestiones fáciles del homo félix. Es, pues, injusto que éste se revuelva contra el homo sapiens, en una ancestral reviviscencia de torpeza primitiva.

Sobre que el hecho de un comentario a un manifiesto en el que se habla de república sin las adjetivaciones culturales, europeas y sociales que son atributos característicos —bandera, en fin— de una generación que las exhibe como su cédula de civilidad, no puede —no debe, por lo menos— contestarse más que con otro comentario enjundioso también y discursivo. So pena de que se pretenda que los republicanos han de tener por fuerza metido el sol en la cabeza, a pretexto de que ya hace tiempo vienen sufriendo los efectos perniciosos de la insolación.

Y todo ello a un lado, existen todavía razones de índole superior y colectiva. Hay que atajar, porque resulta un síntoma demasiado grave y bochornoso, ese placer plebeyo, esa fruición carabinera y mostrenca con que se desconoce, sin respeto y sin conocimiento, la categoría de la cultura. Ese grave y zafio comportamiento de quienes no saben reconocer y guardar las jerarquías, y porque no saben, no quieren o no pueden esgrimir razones, alardean —en bravonel y en jaque— de despreocupación temeraria. Provincianismo e inelegancia de que, según cuentan, se quejaba con harta razón el Sr. Ortega y Gasset, hace pocos años, con motivo de cierta campaña contra él desarrollada desde las columnas de un diario liberal.

Con todos los respetos, creemos que parejo a aquél es el caso de los ataques que el director de El Sol ha dirigido, en un tono impropio, al Sr. d'Ors. Sin entrar en el fondo de la cuestión, hemos querido tomar partido para protestar de lo que, de no tratarse de quien se trata, llamaríamos odio a la inteligencia, y que, por lo menos, puede ser sospechoso de viciosa complacencia y culpable complicidad cerca de quienes lo profesan. Fácil concesión a las tertulias ingeniosas y a la muchedumbre de los despistados.

Por tanto, sin discutir por hoy la actitud y el tema que han dado lugar a la escaramuza, creemos honesto, limpio, correcto —obligatorio, en una palabra—, situarnos con Ors y en dehors de esa plazuela donde ciertos desocupados toman el sol.

La convivencia no excluye la polémica ni la contradicción. El Olimpo se hundió cuando los dioses estuvieron de acuerdo.

Pero lo que repugna y rehúsa la más elemental razón de cultura es el desconocimiento de las jerarquías.

No es elegante —y en el caso presente era, además, injusta— una maniobra de encrucijada, de navajeo y por bajo. No lo era, ¡por Baco!, como dijo el más filósofo de los Ortega.

8

cuentos de niñas y muñecas

POR

ANTONIORROBLES

Con 8 muñecas recortables

«Antoniorrobles es el hermenauta de las leyes genuinas, las naturales y el centro de la mejor sociedad: la de los niños. Es el primer cuentista infantil, incluso en el sentido de único. Pero, por muchos que vengan detrás, será difícil que le oscurezcan. Un nuevo continente no se descubre más que una vez»

Ramón Pérez de Ayala

6 Ptas.

C. I. A. P. Librería Fernando Fe

Puerta del Sol, 8

MADRID

Confesión de Erich María Remarque

BERLIN

Remarque vive a dos pasos de mí, Wiltelsbacherstrasse, 5. He ido a verle, pero me ha dicho: "Usted me conoce, me preocupo mucho cuando está usted delante. Hablemos por teléfono y me sentiré más libre." Vuelto a mi casa he pedido: Oliva, 54-51. Y él, tan frío generalmente, tan reservado, siempre bajando los ojos ante sus interlocutores, se ha entregado a fondo esta vez. El teléfono lo anima, el visitante le intimida. Al último hay que evadirle si insiste —aunque él no sería capaz—; en el teléfono, basta con colgar.

—Debe usted respirar a gusto. Su último libro le ha llevado mucho tiempo.

—Si, un año; ahora estoy ocupado en cambiarle. (La voz de Remarque es una voz sonora, grave, acostumbrada a los largos silencios; en ella están los acentos ondeantes de una pronta y feroz simpatía, una total sinceridad.)

—¿Lo ha escrito usted solo?

—¿Cómo?

—Quiero decir que si es usted el único autor de su libro.

—¡Dios mío!, ¿qué piensa usted? Está enteramente escrito por mi mano, en el estilo de "Sin novedad en el frente".

—¿Cómo trabaja usted?

—Me he ido de mi país para no encontrar amigos. He trabajado en Suiza y Holanda, en pequeñas aldeas de frontera. Me era difícil el concentrarme. Para lograrlo necesito habitaciones desprovistas de todo confort. He pagado por dos habitaciones y una cocina 40 marcos. En mi despacho había sillas y una mesa nada más. La vista de un diván me hubiera dado un ansia irresistible de extenderme y dormir. Escribir libros no es difícil. Lo que es difícil es durar, no levantarse de su mesa. El público cree frecuentemente que un libro se escribe de un tirón solamente, en una especie de embriaguez divina "in einem göttlichen Rausch". Yo debo hacer esfuerzos inauditos para terminar una cosa que he comenzado. Me ha sucedido estar sentado ante mi mesa desde las nueve de la mañana, durante todo el día, quieto sin poder escribir una sola línea, y sólo a las dos de la madrugada he podido comenzar. Al cabo de diez minutos de espera he sido presa de una desesperación tal que, si yo abandonase mi habitación en ese momento, sería el fin de todo. ¡Conozco tantas gentes infinitamente bien dotadas y con ideas brillantes, que deberían hacer cosas magníficas y que, en resumen, no hacen nada porque salen demasiado frecuentemente de su casa!

—No parece usted dichoso, Sr. Remarque.

—Hoy soy menos dichoso que nunca, pero hace un año que me encuentro así, desde el tiempo que trabajo en mi libro acompañado por gentes que fueran mis amigos y que han muerto todos. Durante la guerra no fui dichoso —nadie lo era—; más tarde he perdido mi madre; mi padre ha vuelto a casarse; ¿usted sabe lo que es eso?...

—Pero usted es, por fin, independiente y varias veces millonario.

—¡Ah, sí! Soy independiente, pero no millonario. No tengo un millón, pero sé lo que vale la independencia.

—¿Porque antes ha tenido usted hambre?

—He tenido incluso mucha hambre; durante jornadas enteras no tenía nada que comer, como le pasaba a otros muchos. Después de la guerra he sido maestro de escuela de una aldea. La soledad me pesaba en este momento, y partí hacia las grandes ciudades. He desempeñado bastantes oficios. He sido contable, jefe de publicidad, corredor automovilista, viajante, trapero y hasta he sido payaso en un circo de tziganos. Al fin he

sido periodista. Pero después de la inflación he tenido —como tantos otros— un miedo loco de perder mi puesto. Entonces puedo decir que no he sido jamás dichoso.

—Es usted demasiado melancólico.

—¡No! Pero tengo el sentimiento de haber perdido inútilmente el tiempo y mi vida.

—Pero usted sólo tiene treinta y dos años, y debía usted tener una alta opinión de sí mismo.

—¡De ninguna manera! Y os suplico creer que no lo digo por falsa modestia. No he hecho nada de extraordinario. Hay libros de guerra mejores que el mío, y yo estaría muy contento si la gente, en vez de decir al verme: ¡Mira, ahí va Remarque, el autor del famoso libro!, dijeran: ¡Ahí va un buen muchacho! Mi éxito se debe al azar. De ningún modo me considero como un ser excepcional o superior. Mis amigos me dicen: "¡Estás loco! ¡Debías dar gracias a Dios por haber tenido tanto éxito!" No los comprendo. Tampoco estoy obligado a enseñar un rostro jubiloso. Eso vendrá acaso un día, pero actualmente no estoy nada contento de mí. He hecho dos libros: ya están hechos; ahora, eso no me preocupa. Cuando vienen a pedirme dar conferencias, rehusó y rehusaré siempre. Para hablar a los otros es necesario que se tenga algo que enseñarles. Lo que me ha proporcionado una gran alegría fueron las cartas que he recibido de todas partes desde hace dos años. Había algunas muy emocionantes. Las que fueron anónimas eran las más sinceras. No he podido abrirlas todas, y esto me causa un gran remordimiento. Cuando pasé ante ellas escojo algunas al azar y las contesto. He recibido también reliquias, imágenes de santos de Méjico.

—¡Ya ve usted que se le quiere! Es una razón de vivir.

—¿Usted lo cree así? He sido feliz por haber ayudado a algunos desgraciados para hacerles continuar o aceptar la vida. Hoy es más necesario que nunca. En mi nuevo libro "Der Weg Zurück" hay un episodio que explica bien todo mi pensamiento. Un muchacho, después de muchos esfuerzos, es presa de una violenta desesperación. Es una tarde de verano. Marcha a través de los campos. Cansado, agotado, deshecho, se acuesta en la hierba y, mirando lentamente alrededor, viendo aquí una ramita, allí una pequeña bestezuela, vuelve a esperar. Los milagros de la vida son las cosas más insignificantes. Operan cuando los argumentos del espíritu no hacen ya efecto sobre el hombre. Dan a su alma exangüe impulsos nuevos.

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

—Eso pienso día y noche: ¿que voy a hacer yo? No lo sé. Quisiera poder cambiar, evadirme de mí mismo; pero el hombre no cambia en el fondo. Para decirselo todo, muchas veces tengo miedo de estar demasiado solo con mis ideas. No hay que ir hasta el final de ciertas reflexiones, porque se expondría uno a volverse loco. Puede que dentro de algún tiempo yo deje de ser escritor. No lo creo. Pero cuando se ha terminado un libro se cree haberlo dicho todo, que no queda nada por decir, que se está sangrando espiritualmente y del todo; pero yo sé una cosa, es ésta: que ahora comienzo solamente a vivir como hombre. No conozco más que una zona ínfima de la vida. Quiero trabajar para mí mismo y adquirir la experiencia que me falta. Sobre todo, la experiencia de los hombres. Acaso llegue también a combatir esta terrible timidez que los otros toman por hostilidad y orgullo. Ya ve usted, esta conversación que ahora sostenemos me habrá puesto nervioso durante dos días.

Perdóneme, pero estoy verdaderamente demasiado deprimido. (La voz se pierde al extremo del hilo para volverse a oír un instante después.) En el fondo, no tengo opiniones definitivas sobre la existencia humana. Dios o la muerte... Déjeme tiempo para envejecer. Usted conoce las palabras de Beethoven, ¿verdad? "Cuando los dos tengamos setenta años, ni po-

dremos decirnos, ni nos vemos: vamos a comenzar poco a poco, para ensayar el llegar a algo"...

Hemos colgado al mismo tiempo. Eran las 4 y 20. La entrevista había durado exactamente dos horas. Y dicho sea en elogio del teléfono berlinés, no hemos tenido cortes ni una sola vez.

W. DUESBERG.

CAMPAÑAS DE LA GACETA LITERARIA

EL LIBRO Y LA PRENSA

Valorización informativa del libro.

Libro = Comedia = Película

Desde muchos puntos de vista, nos parecen iguales, equivalentes, un libro, una obra teatral y una cinta cinematográfica. Sobre todo si el punto de vista es el de la cultura, el de interés para el público.

Sí. Tienen el mismo valor, la misma importancia, despiertan la misma curiosidad un libro, una comedia y una película. Es así para todos, para la masa, para el público, que igualmente ama a los tres términos de nuestra equivalencia.

Para todos, menos para los periódicos y las revistas.

Esta igualdad no se reconoce ni practica en la Prensa. El libro es la Cenicienta de las columnas periódicas. El libro, y sus problemas, y sus autores, y sus editores.

El teatro, el cine, las obras, las películas, los actores, los autores teatrales, son los únicos que reciben la cariñosa atención de la Prensa. Son actualidad constante. Siempre se mantiene el fuego sagrado de la noticia y la información ante sus altares. Así, el público, en todos los lugares y todos los días, se mueve y respira en ambiente exclusivamente teatral y pelicular. Nótese que nos referimos sólo a lo que trata de lo que es alimento, gozo y expansión del espíritu. No hacemos referencia ni comparación con el fútbol ni los toros.

Toda la atención, toda la solicitud, para el teatro, para el cine. Las grandes informaciones, los reportajes de todas clases, las más espléndidas fotografías, los artículos, las noticias, los comentarios más abundantes, se dedican a las obras que se representan, a las películas, a los autores teatrales, a los actores, a las estrellas, a las casas productoras, a las empresas. Y esto lo vemos en los periódicos de Madrid, en las revistas de Madrid, en los periódicos de provincias, en las revistas de provincias y en los periódicos y revistas de pueblos.

Todos abren sus columnas a todo lo que se refiera a cosa teatral y cinematográfica. Todos, parcamente, pobremente, dolorosamente, dedican unas líneas a cosas de libros. Una, dos, tres excepciones, pero confirman esta amarga afirmación.

Y este trato origina, por consecuencia, una falta de curiosidad, de apetencia en el público, que es el problema más hondo de los que afectan al libro. Falta el ambiente y el interés literario.

El libro es un elemento de información, es una fuente de noticias que interesan al público.

El libro debe tener la misma categoría informativa que la obra teatral y la película.

Al libro también se le debe dedicar

ampliamente páginas, líneas, espacios, fotografías, caricaturas, reportajes, noticias, comentarios, etc., etc. Que no sea sólo una crítica.

Y estudiar mejor sus problemas, y desechar tópicos falsos, como los que nos opondrán algunas personas.

Lo que hemos señalado (artículos, fotos, noticias), que con tanta abundancia se dedican a cosas teatrales y cinematográficas, no son de pago. Se hacen sólo a título de información.

Deséchese, pues, la creencia de que esas cosas se pagan.

Se debe rechazar, por falso, que al público español no le interesan los libros, ni la lectura.

Es un error, muestra de miopía intelectual, afirmar que existe más público de películas y comedias que de libros. El lector, el público lector, no acude a un lugar fijo. El libro no congrega: aísla. Y nadie tiene una hora fija para la lectura.

He aquí nuestro primer toque de atención.

ATAÚLFO G. ASENJO.

"La Hora Española"

POR

Antonio de Hoyos y Vinent

Hay algo de equívoco e inquietador en este libro. En sus páginas aparecen acontecimientos y personajes: El Rey ambiguo y errabundo, el "Demonio del Mediodía", el príncipe violento y triste como un gran duque ruso de los que precedieron a la Revolución, la Reina loca de amor, en un contraste estrafalario con los fondos magníficos, áridos y calcinados: Arévalo, Simancas, Tordesillas, Madrigal de las Altas Torres.

Y Hoyos y Vinent nos habla de ello sin gestos severos, sin empaques de pedagogo; unas veces, con frívola despreocupación. Según Goethe, la misión del artista consiste en la renovación interpretativa de los motivos.

5 ptas.

C. I. A. P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.

EL BAUTISTA DE LA 98

La generación del 98 —tan reiteradamente aludida siempre que en España se trata de hacer un poco de historia literaria— ha sido de muy diversos modos enjuiciada.

En realidad, puede asegurarse, no obstante, que es considerada generalmente como un punto de partida. Acaso se inicia con ella la historia moderna de nuestra cultura. Probablemente por lo mismo resulta ya un poco vieja para la cultura contemporánea. Lo cierto es que ese apelativo con que se la distingue fué un hallazgo, tanto más feliz cuanto que, acomodaticio y flexible, se alarga y encoge como un acordeón didáctico y sirve lo mismo para entonar la melancolía de los trenos jeremiáticos como el gangoso bullicio —ritmo de *vals boston*— de una verbena meditativa y filosófica.

En el tablado actual —*jazz y variétés*— de nuestros valores literarios y en el estadio magnífico de nuestros deportes estéticos, la 98 —un poco jamona y prosopopéyica— es el viejo prestigio de una vieja cupletista injerta en bailarina, que todavía, al aparecer, levanta en la ola turbulenta la gracia de una espuma.

En los últimos tiempos de su actuación, Pastora Imperio, la 98 del baile nacional, solía cantar, o cosa así, un cuplé en el que donosamente se alababa a sí misma —98 auténtica—, y decía, no sin cierta gracia, lindezas y vótores a su padre, su madre, su tío, su abuelo y hasta al *cura gracioso* que la bautizó.

A propósito: ¿quién fué el *cura gracioso* que bautizó a la generación del 98? Si este acto bautismal y su acierto fueron, como nos hemos permitido afirmar, un *hallazgo*, ¿a quién corresponde el honor?

He aquí una eutrapelia elucidatoria que bien puede tentar en el futuro el prurito de los investigadores.

Si está clarísimo que en Cataluña fué Eugenio d'Ors el Bautista del Novecentismo, no lo está tanto, por lo visto, quien haya sido el Bautista en Castilla de la 98.

Ramón, en su reciente e interesante biografía de *Azorín* ("La Nave", Madrid 1930), parece dar por seguro que el Bautista fué Ortega y Gasset. "¿Qué bien ha estado —afirma en la página 86— Ortega y Gasset al bautizar a esa generación, generación del 98!"

Sin embargo... Existen indicios, y aun algo más que indicios, para asegurar que más que bautizador ha sido el autor de *La rebelión de las masas* catecúmeno.

Contribuyamos con un leve, pero preciso, esclarecimiento a la comodidad futura de la contienda erudita.

El 23 de febrero de 1908 se publicó en Madrid el primer número de un semanario que, con el título de *Faro*, dirigía Bernardo Renjifo, y en el que colaboraron, entre otros, Ortega Gasset, Maura y Gamazo, Argente, Posada, Leopoldo Palacios, Julio Cejador, Carlos Caamaño y Alfonso Senra.

Nació *Faro*, según el artículo con que la pluma de Manuel Troyano lo presentaba para "ser instrumento de bien en el cultivo de las ideas que marcan una orientación a las generaciones que entran con vigor y entusiasmo en el taller de la vida".

Uno de los primeros que, con ímpetu y brio notables, penetró en el taller, fué D. José Ortega y Gasset, que a continuación del artículo de Troyano insertaba, en el primer número de *Faro*, una crónica política acerca de *La reforma liberal*, por cierto bajo la advocación tremante de dos versos de Páscoli.

A esta *reforma liberal* contestó D. Gabriel Maura, hoy duque de Maura, con *La reforma conservadora*, en el núm. 2 de *Faro* (1.º de marzo de 1908), iniciando una polémica que tuvo su desarrollo dual y correcto en las columnas de *Faro*.

No interesa, de momento, aludir a ella más que para recoger estas líneas del mencionado artículo del Sr. Maura y Gamazo:

"Es el Sr. Ortega y Gasset uno de los más valiosos representantes de la generación que ahora llega; generación nacida intelectualmente a raíz del desastre, patriota sin patriotería; optimista, pero no cándida, porque las lecciones de la adversidad moderaron en ella las posibles exaltaciones de la fe juvenil."

Creemos que es la primera vez que se define, se crisma y se bautiza la generación del 98, dándole cohesión y contenido y cruzándole la frente pensativa con una arruga de preocupación con estas palabras que, después, tantas veces y de tantas maneras han sido glosadas, repetidas y aumentadas.

Mientras no se aporte la cita de un texto más antiguo y más preciso y concreto, al Sr. Maura y Gamazo corresponde, pues, legítimamente el acierto del bautismo de la 98 que, andando el tiempo, tanto daría que hablar.

El Sr. Ortega y Gasset aceptó la calificación (véase *Faro*, núm. 3, 8 de marzo 1908, "La conservación de la cultura"), y contestó a la alusión patriota con estas palabras: "No sé si mi generación es patriota; pero no es acertado caracterizar mis pensamientos como de tal. ¿Es patriota el que antepone la patria a todo lo demás? Entonces, yo no lo soy; si tuviera alguna vez que elegir entre la patria y la discreción, no habría de dudar y seguiría las solicitudes de ésta. Mi liberalismo lo exige: me importa más Europa que España, y España sólo me importa si integra espiritualmente Europa. Soy, en cambio, patriota porque mis nervios españoles, con toda su herencia sentimental, son el único medio que me ha sido dado para llegar a europeo. Ni tristeza ni melancolía me produce ser español; es más: creo que España tiene una misión europea, de cultura, que cumplir: veo en ella un campo donde hay más faena por acabar que en otros dentro de esta grande obra del progreso moral."

Moldeaba, pues, el articulista con estas palabras una de las facetas de la generación del 98, pero después de haber aceptado por suya —"mi generación" dice el Sr. Ortega y Gasset— aquella que había definido, precisado, *bautizado*, el Sr. Maura y Gamazo.

Resulta, por tanto, que el actual duque de Maura fué, a orillas del Manzanares, cuya exigüidad de caudal es su infelicidad más generosa en cuanto a aprendizaje de Jordán, el Bautista de la 98, la moza entonces garrida a quien convendría ahora, recién hallada su fe de bautismo, establecer con buen rigor de método su verdadero padrón.

Porque acontece con la generación del 98 que tampoco "están todos los que son ni son todos los que están". Acaso conviniera ponernos de acuerdo en esto.

Mientras tanto, según las preferencias o antipatías y el tono con que aluden a ella, los comentadores y analistas de la generación del 98 barajan arbitrariamente los nombres y dejan algunos excluidos o incursos, según su capricho o su peculiar y veleidosa manera de entender la justicia histórica y la verdad literaria (o viceversa).

En este sentido, el bello y notable libro del gran Ramón es también interesantísimo, por varias gracias de ausencia y presencia.

En definitiva, y en obediencia a la temperamental originalidad de su genio, en él, Ramón ha hecho de la documentación una greguería nueva.

RAFAEL MARQUINA.

El sefardismo y el mundo judío

El problema judío es inagotable y más complejo de lo que los judíos mismos pueden suponer. No es, ciertamente, esa amalgama de ideas enrevesadas, de teorías contradictorias, y hasta de aberraciones, que se esconden tras la etiqueta sionista lo que resolverá la cuestión, pero contribuirá eficazmente a plantearla; y no es decir poco, porque plantear la cuestión es resolverla. Un segundo punto capital podemos plantear: el filológico. Por un lado, las campañas balcánicas y la guerra general, en el curso de las cuales millares y millares de judíos se han hecho matar; por otro lado, el sionismo; ambas cosas han prestado un servicio inmenso a la lingüística moderna: han rehabilitado el vocablo "Judío". Antes, en la mayor parte de las lenguas, en casi todos los países, gentes bien vestidas pronunciaban la palabra "judío" con un matiz de desprecio, con una ironía muy marcada, o con reticencias que equivalían a puñaladas. Hoy un israelita dice gallardamente: "Yo soy judío". Y esto impide rebullir a cualquier interlocutor, revolucionando de paso la lexicología general.

Acabo de decir que el sionismo contribuirá a resolver el problema judío. Pero aún no ha llegado el momento. La hora actual tiene por misión saber, de una manera escueta, con qué elementos se compone el judaísmo contemporáneo, cuáles otros han surgido de él o han conservado con él puntos de contacto directos e indirectos. Procedamos por orden y por grado de importancia, no numérica, sino etimológica y racial. Previamente, y para la comprensión del proceso, hay que recordar que el judaísmo, en la sucesión de los siglos, ha sido arrastrado por una doble corriente de vaivén que se podría comparar, hasta cierto punto, con el movimiento del flujo y el reflujo. Ha sufrido un empujón de Oriente hacia Occidente, seguido de una presión de Occidente hacia Oriente.

Tras la segunda destrucción del templo por Tito, en el año 79 de la Era cristiana, el pueblo judío, que ha buscado siempre las especulaciones intelectuales —se ha visto esto durante la cautividad babilónica—, fué atraído en la órbita de los árabes, que ocupaban y poseían el primer rango en la cultura humana. Los judíos han servido, en cierto modo, de guías e introductores a los árabes hasta España, donde, desde hacía muchos siglos, existían comunidades judías. De Oriente a España es la primera gran trayectoria recorrida por los judíos. Desde España, donde ocuparon el primer puesto en todas las ramas de la actividad, los judíos extendieron su influencia y su cultura —cultura e influencia de España— sobre todo Occidente, y contribuyeron al desarrollo de las ciencias, las letras y las artes.

Vino la Inquisición y se prodigó el movimiento inverso: los judíos fueron vuellos a empujar hacia el Oriente por vías diferentes de aquellas que les habían conducido a España. Hubo, pues, un primer éxodo de Palestina hasta España, y un segundo de España hacia Oriente. Si remontamos aún más allá en la historia encontramos una tercera corriente migratoria —que es la primera—: hablo de la travesía del desierto bajo la guía de Moisés. Hubo aún otras emigraciones, pero de menor importancia.

Podemos volver a la composición del judaísmo contemporáneo. En el primer plan debemos colocar a aquellos que en nuestros días llevan aún la estampilla latina, y sobre los cuales nos extenderemos más lejos. Son los primeros judíos palestinos que han alcanzado España, donde han permanecido cerca de doce siglos, por lo menos. La palabra España se tra-

duce en hebreo por Sefar. Sefarad significa judío español, y el plural, Sefaradim, quiere decir los judíos españoles.

Los judíos no se han dirigido de Palestina a España en línea directa, filas apretadas, por marchas forzadas con una disciplina militar. Han quedado muchos por el camino; otros se han fijado en Persia, el Yemen y los países árabes vecinos. A estos judíos podemos llamarlos mogrebies (o sea norteafricanos). En tercer lugar están los judíos de Egipto, que se encuentran en el país desde hace infinitos años —acaso desde Tutankamen; pero yo no quiero ser acusado de destruir la leyenda milagrosa del paso del Mar Rojo, porque el oficio de demoleedor de ilusiones es el más ingrato—. A estos tres primeros núcleos: sefaradim, maghrebun y egipcio judíos conviene añadir un cuarto, los karaitas, que son un poco al judaísmo lo que los protestantes fueran al catolicismo.

Dos palabras rápidas sobre los karaitas. Se distinguen de todos los otros judíos en que observan solamente la Biblia y al pie de la letra. Rechazan el conjunto de todas las prescripciones rabínicas. Su piedad es excesiva. Oran como los musulmanes, en pie o pegados a la tierra. Se descalzan al entrar en la sinagoga. Un karaita no puede casarse con una muchacha judía de otra secta si ella no se hace karaita. De ninguna manera podría un karaita ser admitido entre los otros judíos, aunque consienta en renunciar a todas las prerrogativas de su secta. Los karaitas han buscado una aproximación con los otros judíos, pero sus intentos han sido rechazados. Hoy existen unos treinta mil karaitas, 24.000 en Crimea, 5.000 en El Cairo y un millar en Constantinopla, algo influidos por los sefardíes (en el idioma) estos últimos.

Así como todos los palestinos no han tomado el camino de España, así todos los sefardíes no se han dirigido hacia el Oriente. Desde antes del éxodo de la Península Ibérica, colonias judías se habían establecido en el centro y el Este de Europa, desde donde han pululado. Son los askenazim de Rusia, Polonia, Ucrania, Finlandia, Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, luego América y Gran Bretaña. Hay numerosos puntos de contacto entre los askenazim y los otros judíos, pero hay también muchos antagonismos, por no decir choques. Algunos llegan hasta negar a los askenazim el derecho de llamarse judíos auténticos, y les ponen en la misma categoría que los karaitas. Los askenazim no son todos judíos puros (según los sefardíes). Descienden de los kazaros y otros pueblos convertidos al judaísmo en el siglo VIII. Llevan en sus venas sangre semítica, pero también sangre eslava y tártara. Su número exagerado, su variedad de musculatura, su concepto men-

tal y psicológico bastan para probarlo. Pero no ha llegado el momento de hacer la biología de los askenazim.

Así; los cinco elementos que acabamos de enumerar constituyen el judaísmo contemporáneo propiamente dicho. Pero hay otros elementos salidos del judaísmo, o que se enlazan con él, y que debemos pasar en revista rápidamente.

Ante todo, y con todos los honores, hay que considerar al cristianismo como un producto judío. De él podemos sacar gran orgullo, porque Jesús y los doce apóstoles son bien judíos, casi judíos-españoles, pre-sefardíes, a pesar de su origen nazareno.

Luego los deunmés o sabateístas. Son los adeptos de Sabeta y Zebi, un judío de Esmirna que, por haberse hecho pasar por el Mesías, estuvo a pique de ser condenado a muerte. Escapó de ella abrazando el islamismo. Sus adeptos le imitaron. Son actualmente un millar de familias musulmanes en apariencia, judaicas en realidad y viviendo principalmente en Turquía.

Y los judíos secretos de España. Los "marranos" judíos sefardíes, que en el siglo XV abrazaron la religión oficial para escapar a las hogueras de la Inquisición, salvando sus vidas y sus bienes. Aún siendo cristianos fervientes, observan algunas prácticas particulares que les permiten reconocerse, no casándose más que entre ellos y recibiendo nombres bíblicos que evocan en la intimidad de la familia.

En 1902 o 1903, después de una campaña virulenta que habíamos hecho en *La Epoca* a favor de la conservación de la escritura judeo española llamada "Rachi", recibí de un escritor eminente de Madrid, cuyo nombre no debo citar, una carta en que me decía: "En mi tierna infancia, mi bisabuela, que era la guardiana de las tradiciones familiares, me hacía escribir mi nombre en letras extrañas. La nieve de los años ha caído sobre mi cabeza. Yo no me acuerdo, a veces, del pasado. Pero sus artículos me han removido el alma. Voy a hacer un esfuerzo de memoria y ensayar el firmar como cuando era niño y mi abuelita guiaba mis dedos inexpertos." Y mi venerable compañero garabateó un "Rafael" hebreo. Y al evocar su infancia debió experimentar una fuerte emoción, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas que rodaron sobre el papel, de donde el secante no pudo quitarlas.

Hace tres meses, una carta de un notable católico de Santa Fe (Bolivia), me enseñaba que la mayor parte de los habitantes blancos de la ciudad son "marranos", deseosos de volver colectivamente o individualmente a la fe de sus antepasados.

Hay otros grupos, como los falachas de Abisinia o "judíos negros" descendientes del Rey Salomón y la reina de Saba. Los judíos de Extremo Oriente, en Nagasaki (Japón) y Shanghai (China),

que descienden de dos tribus de Israel que se creían perdidas. Y los reformistas, de París, que rezan con la cabeza descubierta y quieren poner el domingo en vez del sábado. Son grupos aparte que acaso engrosarán algún día el judaísmo.

Los sefaradim, los mogrebim y los egipcios-hebreos tienen casi el mismo rito litúrgico; los askenazim observan otro, y los karaitas, otro. La organización sionista de Palestina (askenazim) califica por eso, de sefardí todo lo que no es askenazi. He aquí con qué finalidad. Los judíos persas y yemeníes, establecidos en Palestina, se encuentran en un estado de completa miseria. Tienen, por tanto, necesidad de asistencia. Los distribuidores del maná oficial, al echar todos los mendigos en el campo sefardí, quieren hacer creer que estos últimos reciben grandes socorros. Esto es falso. No solamente los sefardíes no reciben casi nada de los sionistas, sino que les dan sin contar. Solamente al fondo llamado nacional han entregado los sefardíes hermosa suma de 2.567.412 libras egipcias...

Pero no es nuestro objeto hacer aquí el proceso de los jefes sionistas ni de sionismo, sino comentar el sefardismo. Bajo este calificativo englobamos todo lo que se refiere a los judíos de origen español. El éxodo de 1492 comprendió más de un millón de judíos, de los que una pequeña parte fué a engrosar los contingentes establecidos en el Sur de Francia, Italia, Holanda y el Este de Europa. La gran masa de los emigrantes forzados tomó puesto a bordo de las carabelas que les transportaron de los puertos inclementes de la Península Ibérica a las riberas hospitalarias del Imperio turco; cuyo monarca musulmán, al abrirle las puertas, dijo: "¿Quién es ese loco rey que arruina su país para enriquecer el mío?"

Provistos de muchos privilegios especiales que les confirió el Gobierno turco los judíos españoles se concentraron en las ciudades importantes de la Turquía de Europa, que se extendía entonces hasta el Danubio, de la Turquía de Asia y del litoral del Mar Negro. Allí fundaron comunidades que llegaron a ser florecientes; todas alrededor de Salónica, llamada la ciudadela de Israel. Habiendo llevado con ellos una civilización superior y la "lengua de Cervantes" —aún no nacido—, que era la más rica y bella del mundo, no se mezclaron a los elementos étnicos que les rodeaban. Siguieron siendo ellos mismos y se conservaron puros hasta nuestros días. Por este hecho pueden reivindicar la cualidad de verdaderos judíos palestinos, de judíos tradicionalistas, exentos de toda sangre extranjera y orgullosos de sus nombres bíblicos y de no haber sufrido cruzamientos. Claro está que habiendo roto todo contacto con España y con el mundo occidental, que se iba poniendo a la cabeza de la cultura, viviendo aislados en un ambiente hostil a toda marcha hacia adelante, los sefardíes perdieron poco a poco su fuerza creadora; no disponiendo más que de su viejo equipaje escolástico, ni teniendo otras fuentes de saber, disminuyeron sus producciones literarias: sólo la fe y las Escrituras Sagradas alimentaron sus facultades intelectuales, sosteniéndoles y permitiéndoles alcanzar el período de progreso en el cual viven las naciones civilizadas, y entonces han comenzado los sefardíes a dispersarse por los cuatro rincones del mundo.

Desde hace algunos años, especialmente después de la postguerra, un cierto número de askenazíes que han aprendido en las calles de Palestina a llevar nombres judíos y a hablar libremente de cosas judías, se divierten haciendo chistes a costa de los sefardíes. Estos neopapstoles del judaísmo, estos ardientes neofí-

A través del país que Gandhi despertó

por Adelardo Fernández Arias

La libertad de Gandhi y de los otros jefes políticos del movimiento de la India, con todas sus consecuencias, que muy próximamente van a exteriorizarse, se explican y compendian en este libro amenísimo, obra de máxima actualidad, cuya técnica narrativa y novelesca permite el desfile interesante de tipos, costumbres y psicologías del pueblo indostánico.

Precio: 7 Ptas.

C. I. A. P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

tos, dicen a los sefardíes con un énfasis apacible: "¿Que habéis hecho hasta aquí?" Cuando cualquier escapado del guetto lanza una pregunta tan impertinente, todo judeo español que se respeta puede responderle de manera altiva:

—¿Que han hecho los nuestros? Consultad los gruesos volúmenes de la *Jewish Encyclopedia*, de Nueva York. En las treinta mil columnas de letra apretadísima que contiene ese monumento histórico encontraréis toda la gloriosa historia de los sefardíes. Visitad las bibliotecas de España, Italia, Francia, Holanda, Alemania, etc. En los millares de manuscritos que constituyen los archivos judaicos encontraréis sefardíes más que nada. Leed las obras de los grandes doctores, y sabréis que los judíos sefardíes han hecho la mitad de la medicina, desde los practicantes ilustres que han creado las grandes facultades y curado a Reyes, Sumos Pontífices y altos dignatarios de la Iglesia, y a toda la línea de los Jalifas. En todas las etapas de la marcha adelante de la Humanidad, en todas las páginas de la historia de la civilización, los sefardíes han desempeñado un papel predominante desde los tiempos de Filón el alejandrino, Maimónides, Saadia, Gabirol, Yehuda Halen, Benjamín de Tudela, Arrabanel, hasta Spinosa. En nuestros días, los sefardíes no han aprendido a moverse porque saben lo que le pasó a la rama que quiso engordar para convertirse en buey. Por eso permanecen modestamente en su alvéolo. Sin embargo, Max Nordau era un sefarad, Herzl descendiente de sefarad, Moisés Montefiore, Disraeli, Abram Danon, etc., etc.

He reservado para el mejor momento la legión de los maestros y maestras de la "Alliance Israelite Universelle." ¿Qué admirable lección de abnegación nos dan esos valientes paladines de las ideas nuevas! ¿que apostolado el suyo! ¿Que hubiera sido de los judíos de Tetuán bajo las grandes revueltas de los bereberes, sin estos profesores? ¿Y cuál hubiera sido la suerte de los judíos persas y turcos si los maestros sefardíes no hubiesen estado allí? Y lo que hay de profundamente conmovedor en la actitud de estos campeones es que se sacrifican por una madrastra —porque la Alliance es una madrastra— que les desprecia, que les maltrata, que les posterga. Nueve veces, de cada diez, saben lo que les espera y, sin embargo, permanecen clavados a su puesto como el capitán a bordo del navío que se hunde. Sianismo y asimilismo, que son las dos grandes corrientes judías, desprecian por igual al sefardí.

He aquí lo que los sefardíes han hecho en el pasado y hacen en el presente. Las nuevas generaciones que frecuentan las escuelas, se consagran en gran parte a las carreras liberales. De sus filas no tardarán en surgir las grandes jerarquías intelectuales; pero... ¿qué será del sefardismo en el porvenir? Este es el punto culminante de la cuestión. ¿Nos mantendremos como entidad judaica aparte? ¿Seremos sionistas o antisionistas? ¿Nos dejaremos absorber por la masa askenazi? ¿Nos asimilaremos a los países que nos rodean? ¿Cambiamos de religión?... El problema es enrevesado, pero no es insoluble. En el siglo de la relatividad en que la aviación desafía el tiempo y el espacio, bajo el imperio de la radio, sería pueril recular ante cualquier obstáculo. Las grandes bañes de nuestro resurgimiento serían las siguientes:

En primer lugar, saber cuántos somos. Los cálculos hechos hasta aquí están en el terreno de la fantasía. Unos dicen que hay seiscientos mil sefardíes por el mundo; otros añaden que pasamos de dos millones, incluyendo los marranos. Después hay que buscar donde están y en qué condiciones viven los sefaradim. Se les encuentra en masa en Grecia, Tur-

quía, Bulgaria, Mesopotamia, Francia, Egipto, Marruecos, Argelia y Túnez, Portugal, Italia, Austria, Bélgica, las dos Américas, etc. ¿Son estables o están de paso? ¿Qué género de vida llevan? ¿Cuál es su grado de cultura? ¿Están separados de los lazos religiosos? ¿Qué representan en los países donde viven? ¿Disponen de recursos? Para reunir una documentación precisa sobre esos diversos puntos, basta emprender un viaje de dos a tres años a través del globo. Sólo falta encontrar alguien que provea del dinero necesario. Y esto no es difícil.

Para evitar los errores cometidos por todas las instituciones que han comenzado en grande y se han hundido lamentablemente, será necesario comenzar por constituir un capital inicial inalienable de 5.000 y hasta de 10.000 libras esterlinas cuyas rentas estarán afectadas a los gastos de organización de un núcleo central sefardí. Claro está que 5.000 ó 10.000 libras no se encuentran al revolver una esquina. Pero también es verdad que los sefaradim saben dar en treinta meses 146.500 libras a un fondo llamado nacional —el fondo sionista—, que parece ser más bien un agujero sin fondo. Creo que acabaremos por descubrir algunos mecenas prestos a hacer los anticipos necesarios si se encuentran en presencia de un Comité compuesto por personalidades

que ofrezcan todas las garantías morales. Así podremos formar un organismo con el cual y sobre el cual el judaísmo universal deberá contar. Tengo confianza en la vitalidad y el destino futuro del sefardismo. Voy aún más lejos: pretendo que estamos llamados a desempeñar un papel de primer orden, no solamente en el seno del judaísmo, sino en la solución de la cuestión social mundial. Nadie puede afirmar que no venga un día en que un nuevo Sabetai Sevi, surgiendo de nuestras filas, nos hará desplegar el estandarte de la revuelta, o, si esa palabra os asusta, la bandera de la fraternidad universal. ¿Quién nos dice que no sean los sefaradim quienes declaren una cruzada mesiánica a todas las falsas concepciones, a todos los fanatismos, a todas las supersticiones —comenzando por las de los judíos mismos—, para sustituirlas por la verdadera creencia, que es la comunión de los corazones, la fe natural, en la cual ninguno parece haber pensado? Cada cosa tiene su hora. Esta es la hora de reconstituir el bloque sefardí, para mostrar al judaísmo ante todo, y a la sociedad entera después, el camino que conduce a la verdadera solidaridad, la marcha hacia la armonía universal.

SAM LEVY.

París.

Panorama de la literatura búlgara

Por BORIS CHIVATCHEFF.

III

PEÑAS Y REVISTAS

En la fachada de "Narodnoto Sobranie" (el Parlamento búlgaro) está el lema "La unión hace la fuerza". Y, sin embargo, la unión en Bulgaria "está muy desunida", si es lícito expresarnos de este modo. Casi todos los males de este país provienen de las discordias, tanto en la literatura como en la política, tanto en el arte como en las finanzas. (Un ejemplo: Inglaterra tiene 17 Bancos; nosotros tenemos 317 establecimientos bancarios. Pero el número crecido de los Bancos en nuestro país no nos hace más ricos que los ingleses...) Por otra parte, en esta diversidad de opiniones está el germen del progreso. Nosotros, los búlgaros, siempre discutimos. Siempre combatimos la opinión de los demás. Y esto es una manera de marchar en adelante. De alcanzar algo mejor. Y luego, de pasar más allá... En este sentido, quizá los búlgaros son una de las naciones más progresivas del mundo... El búlgaro es antipoda de todo lo conservador. Y, por lo tanto, en este topico, es la contrariedad misma del inglés...

Pero dejemos las divagaciones. En Bulgaria existen más periódicos literarios que en ningún otro país (claro está, siempre guardando la escala, la proporción entre el número de habitantes y de periódicos). Así que, si el número excesivamente crecido de los periódicos literarios no significara un estado patológico para la literatura búlgara, nosotros seríamos el pueblo más literario del mundo. Quizá esto es una paradoja; o una verdad! A nosotros nos parece que la verdad está por medio... Es que hay algunas falsas ambiciones en esta ferviente actitud literaria. Pero hay también muchos y verdaderos afanes. El mismo hecho de que estos periódicos existen, que estos periódicos hablan y vociferan, ya es bastante halagador. Bastante significativo. Claro está que muchos van a morir por el camino. Pero ya nacerán otros. Siempre de la misma manera que han nacido hasta ahora. Sin embargo, existen también, en-

tre los periódicos literarios, algunos que ya han estabilizado su posición...

Es muy natural que cada revista y periódico forme su grey. Su Peña. Y, por fin, vienen tantas peñas cuantas revistas y periódicos haya. Claro está que no todos los grupos están bien definidos. Que no todas las banderas son sin manchas. Y no todos los caminos sin trabas. Pero, si en los programas de los diferentes grupos existen huecos y obscuridades, sus odios, al contrario, son bien claros. Bien marcados. Por otra parte, este estado de guerra, de hostilidad, no debe extrañar a nadie. Es una lástima. Pero, al fin y al cabo, es el estado normal de las relaciones literarias. Tanto en Bulgaria como en otros países.

Sin embargo, ya se nota una nueva corriente. Muchos de los escritores ya están hartos de estas luchas de secta, de este caciquismo literario. Ya están cansados de combatir por los directores de ciertas revistas o periódicos. Y, por esto mismo, los escritores, que tienen un criterio más amplio, colaboran simultáneamente en varias publicaciones. En primer lugar, en publicaciones que tienen cierta afinidad.

Aquí vamos a mencionar los más importantes periódicos y revistas. Vamos a empezar con *Literaturen Glas* (La Voz literaria). Este semanario parece que está en el centro de la vida literaria de Bulgaria. Es un periódico puramente literario, a la *Nouvelles Littéraires* y como LA GACETA LITERARIA. Aparece cada semana, regularmente, en ocho grandes páginas. Su director es el crítico D. B. Mitov.

Otro periódico es *Misal* (Pensamiento), publicación de la Casa Editora Ignatov e hijos, una de las más grandes en el ramo. *Misal* hace competencia a *Literaturen Glas*, principalmente por su precio bajo y por sus tendencias izquierdistas.

Quizá este periódico literario tiene la mayor tirada de los que se publican en Bulgaria. Allí colaboran: prof. B. Yot-

zov, luego el poeta Rusaliev. Y escritores y ensayistas como: Chilingirov, P. Mijaylov, T. Mincov y otros (es muy difícil mencionar a todos los colaboradores de un periódico; siempre faltarán algunos nombres. Y tanto más, cuando uno no dispone de bastante tiempo y espacio).

Misal y Volla (Pensamiento y Voluntad) es un nuevo semanario. Tiene orientaciones hacia la izquierda. Su director es G. Getchev. Allí colaboran L. Stoyanov y N. Irelcov, poetas. Y B. Piti, un nuevo hispanista.

Literaturen Svet (Mundo Literario), otro nuevo semanario de tendencias izquierdistas. Es el menor de tamaño y el más barato. Su director es Crum Yordanov.

Savremennik (Contemporáneo). Otro nuevo. Este ya, orientado hacia la derecha. Allí colaboran: prof. St. Mladenov, G. Tzaney y casi todos los de la revista *Zlatorog*.

Duma (Palabra) y *R. L. F.* (Frente literario obrero) son semanarios izquierdistas. El primero es populista (narodnicheski), y el segundo es comunista.

Entre las revistas citaremos a *Zlatorog* (Cuerno de Oro), bajo la dirección de V. Vacilev, N. Liliev y Cirak-Skitnix. Es la revista de "l'art pour l'art".

Otra es *Bulgarska Misal* (Pensamiento búlgaro). Su director, prof. Armandov, es uno de los mejores literatos y críticos.

Hiperion es la revista de los simbolistas. Pero, por ahora, en sus páginas colaboran escritores que no tienen nada de común con el simbolismo.

Novis (es una revista de arte nuevo, como lo dice su nombre), *Nacovalna* (Yunque) es revista de viejos comunistas. *Ognichte* (El Hogar), *Listopad* (Caída de Hojas), y más una infinidad de pequeñas revistas literarias de la capital y provincianas, llevan una vida anémica. Estas pequeñas revistas, en general, son frutos de las pequeñas ambiciones y de los minúsculos intereses de sus directores. Pero a veces aparecen en sus páginas también cosas sinceras y bellas... Sin embargo, hablando de revistas, no podemos pasar en silencio la nueva revista bibliográfica *Bulgarska Kniga* (El Libro Búlgaro). Es una revista que aparece bimensualmente. Cada número tiene unas 120 páginas. Y aparte del material puramente bibliográfico, en dicha revista se publican artículos y ensayos sobre los libros y las bibliotecas, sobre las artes y la literatura en general. Se dan también reseñas y críticas sobre los nuevos libros que tienen cierta importancia. Su director es el joven bibliógrafo T. Borov. Además, allí colaboran muchas firmas de prestigio...

Fuera de las revistas y de los semanarios literarios, existen otra clase de periódicos y revistas mixtas, que se preocupan, hasta cierto punto, de la literatura. Existen también columnas y páginas literarias (como las de *Slovo*, de *Pladne* y de *La Bulgaria*). Pero, si vamos a hablar de todo, no acabaremos nunca.

En conclusión: es muy difícil dar en unos cuantos artículos el panorama de una literatura. Aunque sea la búlgara. Las omisiones son posibles siempre. Y nosotros estamos bien seguros de que, si los autores búlgaros leyeran este artículo (también los anteriores), no quedarán contentos. Ni los autores mencionados, ni aquellos otros que hemos omitido. Los primeros, por no estar bien alabados, y los otros..., ya se sabe. Es muy difícil dar gusto a todo el mundo. Y es más difícil, todavía, cuando este mundo es literario...

Para nosotros, basta que hemos sido lo posible objetivos. Y sobre todo, sinceros.

CINEMA

Galdós y los enemigos de siempre

Hoy, que hace años —no importa cuántos— de la muerte de Galdós, es la ocasión para hablar una vez más de este escritor.

Pero no en su aspecto exclusivo de literato, que para esto, para el trabajo crítico, no se necesita recurrir nunca al pretexto de la fecha fija y oportuna, o sea a la conmemoración de aniversarios, sino en aquella parte que se refiere al cinema.

¿Galdós y el cinema?

—No creo que se llevaran bien —dice, en espontánea respuesta, uno que se supone enterado de la cuestión.

Y otro, más sincero y menos vanidoso, contesta:

—Me parece haber oído algo sobre eso...

En efecto, el tema carece de novedad.

Ya en vida de Galdós adquirió su interés y su nota de curiosidad anecdótica.

Una editora yanqui de películas adaptó a la pantalla, sin su permiso, "Doña Perfecta". Y lo mismo que antes, al filmar "El gran galeoto", de Echegaray, lo anunciaron con distinto rótulo —"Lenguas perniciosas"—, cambian el título al drama galdosiano. E incluso varían su argumento y desarrollo.

Descubierta la usurpación, pronto se inicia una campaña de prensa en señal de protesta, que inexplicablemente no sigue adelante. Tampoco la correspondiente gestión del abogado de Galdós alcanza éxito.

Y bastaron unas pocas semanas para que el suceso se olvidase por completo.

Sin embargo, es entonces cuando aparecen los primeros convencidos del valor de Galdós como nombre comercial y explotable en el cinema.

Ciego y recluso en su casa, sin darse cuenta apenas de lo que se intenta, se deja retratar el autor de los *Episodios Nacionales*, para comenzar la propaganda de la cineversión de "El abuelo".

Un día, y otro, y otro... es visitado por dos señores que desean inyectarle sus entusiasmos por la empresa. Pero es inútil: Galdós permanece indiferente. Francamente, su mal le impide estudiar la significación y el alcance del llamado arte séptimo, como desearía...

Y cuando muere Galdós, nadie se acuerda, ni de los que pretendían cinematizar "El abuelo", ni de este proyecto.

Es un lustro después, aproximadamente, cuando José Buchs decide trasladar al celuloide esa obra galdosiana.

Y a partir de la película de Buchs, la memoria de Galdós empieza a padecer.

Difícilmente se encontrará nada más desafortunado —en realización y en comprensión de la trama— que esta película denominada "El abuelo", según el drama de D. Benito Pérez Galdós. Y no obstante verse así, desde un principio, por una habilidad publicitaria se consiguió que la elogiasen, con clara injusticia, muy conocidos escritores que, sin duda para no confesarse culpables del desatino ni avergonzarse de su debilidad, prefirieron no contemplarla.

¡Pobre Conde de Albrit! ¡Y lástima de Nell y Dolly!

Razón tenía Galdós para desconfiar de esos sus compatriotas, más engaña-

dos por su torpeza que engañadores, que le aseguraban y auguraban el triunfo de "El abuelo" en film. Quizá en su intuición adivinase ya —sin saber ni noticias de él—, la falta de aptitud del estropeador de una de sus mejores y más aplaudidas producciones teatrales. Y que, no contento con desarreglarle una, extendió su desdichada actuación hasta "La loca de la casa", la otra película española basada en un asunto galdosiano, y también, como "El abuelo", infelicísima de ejecución y de interpretación de su espíritu.

Pero las desventuras de Galdós en el cinema no se concluyen ahí. Continúan todavía, sin que se vislumbre el final.

Y son sus causantes los enemigos de siempre. La peor clase que existe de enemigos. Esto es: los amigos falsos y los que no convienen de ninguna manera, los que, con su tontería solamente, perjudican, por más que en su buena voluntad lo entiendan al contrario.

Y eso último es lo que le ocurre a Galdós —o a su memoria— en sus relaciones con el cinema. Tontos amigos y admiradores suyos, persuadidos del valor comercial de la celebridad de su nombre, quieren aprovecharse y beneficiarse de este renombre, y, como su capacidad artística e intelectual es pobre, no pasan de los propósitos, de las ganas.

Y que no se acuda, para salvar responsabilidades ciertas o para ocultar irrefutables insuficiencias, a la trampa de afirmar que las obras de Galdós no son cinematografiables. Mentira. Lo son, como lo es, en mayor o menor grado, todo lo creado por mano divina o humana.

Y es que el cinematografismo de las cosas y de los hechos radica, más que en éstos, en el talento de los directores o realizadores.

Y si a Blasco Ibáñez le favoreció extraordinariamente, en ese sentido, la alta categoría de los adaptadores —Rex Ingram y Fred Niblo— de sus novelas: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nostrum*, *Entre naranjos*, *La tierra de todos...*, a Galdós le acompaña una suerte opuesta.

Por eso, a cada nuevo eco —y raro es el día en que no se repite el mismo— de que muy pujante entidad va a cinematizar los *Episodios Nacionales*, se le debe dedicar idéntica acogida, en letanía monótona... Precisamente esta: ¡Libérese Galdós de los molestos y dañinos enemigos de siempre, o sea: de los amigos falsos!...

L. GÓMEZ MESA.

LEA USTED

DESTIERRO

- POESIAS -

Un nuevo libro de

Jaime Torres Bodet

En todas las librerías,

5 pesetas ejemplar

Visitas de Cinema

Alberto Cavalcanti nos concreta

René Clair, Germaine Dulac, Henri Chomette, Louis Delluc, Jean Epstein, Feyder, Gauce, L'Hervier, Renoir, Cremon, Cavalcanti... He aquí una pléyade de realizadores cinematográficos, que ofrecieron una infusión de sangre nueva, al cinema francés, envejecido prematuramente a los treinta años de existencia. Al incorporarse estas figuras al mundo de las ideas y al movimiento de la imagen cinematográfica, el cinema francés evolucionó, fué más nuevo y se hizo más racial: se intelectualizó en teoría y en práctica.

Cuando esta gente se alineó en las filas cinematográficas, hubo algo más que comerciantes e industriales. El cinema fué entonces un arte, una expresión estética del pensamiento moderno, como lo eran ya el teatro, la pintura, la arquitectura y la música.

Joven entre los más jóvenes, se encuentra Cavalcanti. Hubo un momento, en el que se le consideraba como el más audaz de la urbe, que tenía por lema la liberación del film francés.

Nacido en el Brasil en 1897, Alberto Cavalcanti iba directa y confiadamente a la arquitectura. Vino a Europa y cursó sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Ginebra. Sus debuts en el cinema los hizo en calidad de decorador.



Alberto CAVALCANTI visto por KIM.

Primero, construyendo los interiores de un film inglés —*The Little People*— de George Pearson. Más tarde, haciendo los decorados de *L'Inhumaine* y *Feu Mathias Pascal* de Marcel L'Huvier.

La originalidad de sus decorados, y la fuerte personalidad que se revelaba en ellos, aportó a Cavalcanti los mayores elogios. Alentado por sus primeros ensayos, y presintiendo ya el gran campo de actividad que se le ofrecía, renunció a la arquitectura y se consagró por completo a la "mise en scene" cinematográfica.

Nosotros no creemos en los genios espontáneos. Por eso acudimos aquí a otro nombre de otro gran cineasta. Hasta los más audaces y los más nuevos tienen un punto de partida inmediato, alguien que les ha formado en su prehistoria artística. Cuando se habla de Cavalcanti, y principalmente de su drama marítimo *Eu Rade*, hay que elevar los ojos hasta Louis Delluc. Hasta el Delluc Teorizante y hasta el Delluc de *Fièvre*, su obra maestra, precursora de un género y una estética cinematográfica.

Cavalcanti, que sabía apreciar a Delluc y paladear todo el sabor de su espíritu —revelador de las verdaderas funciones

y finalidades del cinema—, le encargó un escenario. Delluc le enfrentó con un tema dramático y simbólico, en el que había de basar su primer film. Era en 1925 y aquel año aparecía *Le Train sans yeux*. Al año siguiente ofrecía otro, sobre impresiones de París: *Rien que les Heures*. En 1927 realiza tres films: *Eu Rade* —lo mejor de su producción—, *Yvette* —adaptación de la novela de Guy de Maupassant— y un pequeño film humorístico: *La Petite Lilie*. *Le Petite Chaperon rouge* y *La Jalousie du Barbonillé* —filmados en 1928— constituyen la primera etapa de Alberto Cavalcanti, que se afirma bajo dos formas bien diferentes: el dramatismo humano y la fantasía. Más tarde constituye —sobre la novela de Teophile Gautier— otro film, que establece definitivamente su reputación: *Le Capitaine Fracasse*.

El film parlante le paraliza y, como tantos otros, le desorienta y le sorprende. Reacciona favorablemente y realiza *Tout sa vie*, para Paramount. Cavalcanti no abandona, sin embargo, su técnica inicial. Él ha realizado este film parlante, como habría realizado un film mudo. Nada de discursos, de réplicas que se encadenan. Palabras breves que revelan un estado de alma preciso, una situación. Esto no es un diálogo teatral: es el lenguaje de la vida misma. Cavalcanti quiere que sus artistas vivan, que no discurren nada.

Antes de que efectúe su anunciado viaje a los talleres Paramount, de Hollywood, hemos ido a ver a Cavalcanti. Teníamos en cartera una serie de visitas cinematográficas, con la gente más significada, más actual y más joven, y la iniciamos ahora con ésta de Cavalcanti.

Alberto Cavalcanti no podía ser de otra forma. Nos le habíamos imaginado tal y como se acusa. De apariencia tímida, el autor de *Rien que les Heures* pasea su mirada sobre las cosas vivas, con una ingenuidad dulce y curiosa. Sensible a todos los matices de esa luz que tanto ama, su audacia no podía ser otra que la sinceridad.

—Yo creo, ante todo —concreta Cavalcanti ante nuestras preguntas—, que el cinema exige hombres sanos y deportivos. En Francia se ha ironizado estúpidamente sobre la puerilidad de los films yanquis. Y los americanos, no solamente son niños, sino hombres que no esclavizan su vida a las exigencias del cerebro, con el fin de poder jugar más elásticamente sus músculos. En cambio, los franceses son más complicados. Se ha creído que explicando ideal, demostrando teorías, contando historias, escribiendo libros y artículos, era lo suficiente para *faire du cinema*, para construir imágenes correctas.

—¿...? —Es indudable que, después de mis primeros films mudos, he evolucionado bastante. En la época en que realicé *Le train sans yeux*, *Eu Rade*, *Le Petite Lilie* y *Le Petite Chaperon rouge*, yo he buscado la belleza cinematográfica en el ritmo, en el movimiento graduado por las luces raras, frecuentemente en lo abstracto y en lo irreal imaginado. Si esta concepción, muy personal, me ha placido infinitamente, si ella me ha valido las apreciaciones lisonjeras de los artistas del cinema, yo he terminado, entretanto, por darme cuenta de que el cinema, para ser un arte popular, capaz de emocionar las masas, debe ser otra cosa que una sucesión de imágenes intrépidas —fotografiadas bajo un ángulo audaz— y de luces curiosas.

—¿...? —Exactamente. Yo me siento atraído por el film popular. Y estoy seguro de que hay un medio de utilizar la técnica más moderna de la "prise de vue" has-

El 98 español y Holanda

ta para la realización de una historia humana y simple, sin llegar a ensayar cinematográficamente los "estados de alma".

—¿...?
—Perfectamente. Yo creo que puede lograrse un buen film de un asunto melodramático. Y pretendo hacer comprender que la pujanza de un creador consiste, ante todo, en saber elevar hacia un plano superior la vida cotidiana.

—¿...?
—En esta idea creativa puede ayudarme mucho la palabra. El film parlante pone, precisamente, los medios de expresión, que no había en el film mudo. Por ellos se salva con una sola palabra toda una serie de imágenes, y se expresa directamente lo que la imagen muda no podía traducir. Con la palabra puede llegar a ser el film mucho más simple y, por lo tanto, más sincero.

—¿...?
—De ninguna forma. Yo no puedo utilizar en el film parlante los principios de realización que aprovechaba en las épocas del cine mudo. Y se crea un gran error creyendo que los "talkies" es el cine "mudo perfeccionado". El cine hablado no debe ser un producto bastardo de cine mudo y de teatro. Llegará un día, en que él será completamente nuevo, independiente de todo lo que hasta hoy existe.

—¿...?
—En la hora actual se tantea, se busca... Yo he procurado encontrar la fórmula nueva en la realización de *Toute-sa vie*, que yo he puesto en escena para Paramount. Y he perseguido mi esfuerzo



Toute-sa vie, film de Cavalcanti.

en *Dans une île perdue*, que yo considero como mi mejor film parlante. Todos nosotros buscamos todavía, y estamos inseguros de lo que será el film de mañana. Pero la fórmula en la que yo entiendo es absolutamente distinta a lo que se ha hecho hasta hoy.

—¿...?
—Mis métodos de trabajo? Ellos varían y se adaptan al film que se realiza. Para *Yvette*, por ejemplo, poseía un "decoupage" ceñido, estrecho, que seguía número por número.

—¿...?
—Yo considero que se tiene el derecho, y muy a menudo el deber, de modificar la intriga de una obra literaria o teatral adaptada a la pantalla; bien entendido, respetando siempre el pensamiento general del autor. Así, por ejemplo, en mi film *El capitán Fracasse* era inútil, y hasta perjudicial para la obra, el conservar la ligadura de parentesco que existe en la novela de Theophile Gautier entre el duque de Vallombreuse e Isabel. Por que, en efecto, esto no añade nada a un film presentando en escena a un hermano enamorado de su hermana. Yo no tengo, en modo alguno, al suprimir este detalle, la sensación de haber traicionado el pensamiento del autor del libro.

JUAN PIQUERAS.

París y enero de 1931.

Los grandes escritores de la llamada "generación del 98" siguen sin traducir en Holanda, con excepciones esporádicas, como "Zalacáin el Aventurero", de Baroja; "Una hora de España", de Azorín; "Los intereses creados", de Benavente, y varias novelas o "nivolas" de Unamuno. De Blasco Ibáñez se ha traducido bastante y —señal muy curiosa— acaban de traducirle su "Catedral", obra de 1903. Nada de los tres Ramones, ni de Ganivet o de José Ortega y Gasset. Sin embargo, si no mienten los agüeros, el año 1931 nos traerá un cambio favorable en esta situación bochornosa: uno de los mejores poetas jóvenes, el pluriforme Harnhoff, hombre de océanos y de aventuras terrestres, está publicando traducciones de Rubén Darío, y corren rumores de que también prepara una traducción de "don Segundo Sombra", del argentino Ricardo Güiraldes. Otro poeta de los más apasionados y genuinos, Hendrik de Vries, entusiasta congenero de España, tradujo cantos populares que se publicaron con un prefacio de este corresponsal de LA GACETA. La posibilidad de que se traduzcan "Los vivos muertos", de Zamacois; "La rueda", de Cossío, y "El doctor inverosímil", de R. Gómez de la Serna, es bastante grande. En otro terreno puedo anunciarles, a los que en España se interesen por la extensión de los estudios hispanistas por el mundo, que a mediados de enero saldrá de la Universidad Nacional de Groninga una tesis doctoral —y hasta diría magistral— del joven erudito Johan Broundex, intitulada "Psicología de la mística española" (en holandés, *ad maiorem Hispaniae gloriam*). Yo mismo estoy preparando un libro con ilustraciones abundantes sobre "El Renacimiento en España", el primer libro, a lo que yo sepa, que tratará la época de 1450-1650 en su conjunto: letras, artes, filosofía, política, economía, etc. Me presta su apoyo el dicho señor Broundex, y publicará el libro la casa W. J. Fhienme y Compañía, de Zutphen. La misma piensa en una traducción completa del *Quijote*, porque, aunque parece mentira, Holanda no la tiene. Se publicó una hace pocas semanas con grabados de A. Hahn Je (Zeist, Uitg. "De Forentrens"), pero es mutilada, incompleta.

Al principio de estos renglones omití una obra que, por cierto, es producto de las mismas circunstancias que dieron origen a la generación del 98. Se trata de la "Psicología del pueblo español", de Rafael Altamira, que se tradujo en 1930 al holandés, de la segunda edición de 1918, bajo el control especial del ilustre autor, quien ya aplicó las enmiendas, etc., que la tercera edición española ha de ofrecer a los lectores españoles. Se puede decir, pues —y lo decimos con profunda gratitud hacia el sabio autor, quien hizo tanto en pro de la causa hispanista en Holanda—, que los holandeses llevamos la delantera a los mismos compatriotas del autor. Los que amamos a España tenemos, no obstante, el deber de ponderar el libro, definiendo su valor e indicando, sobre todo, sus puntos débiles. Y hay que confesar que, a pesar de las observaciones agudísimas y análisis interesantes, se echa de ver cierta vaguedad y deficiencia, porque el autor

no se da cuenta que el carácter de un pueblo es formado, sobre todo, bajo la presión de la historia, y corresponde en grandes rasgos con la situación política y económica. Como yo, en mi conferencia "Unamuno y el carácter del pueblo español" (J. B. Wolters. Groninga, 1928), conseguí aclarar algunas características del pueblo español por este método, estoy seguro de que es éste el camino, y que, al lado de la influencia de las condiciones económicas y políticas, la del clima, raza, etc., son *quantités négligeables*. Además, semejante estudio, que a la vez define y explica las características de un pueblo, trae el sosiego y la energía necesarios para el trabajo creador en el terreno económico, político y espiritual por el cual se transforman las bases de la vida nacional y, por ende, el carácter nacional que descansa en estas bases.

Para quien haya obtenido esta convicción de la única importancia de los factores económicos y políticos, resulta algo pueril la impaciencia del Sr. Altamira, quien exclama (2.ª ed. esp., página 102): "¿Cómo, a pesar de esto, continúa nuestro atraso, dentro del indudable progreso conseguido en los últimos cinco o diez años?" E igual impaciencia notamos en Unamuno con los consecuentes cambios bruscos y desesperados, p. ej., de la europeización de España (de "En torno al casticismo", de 1895) a la españolización de Europa (en 1906 y 1925, "Vérités arbitraires"). ¿No es unamunesca la filosofía de la desesperación, del *spero quia absurdum*?

No quiero insistir en este lugar citando todas las opiniones falsas y —tratándose de un pueblo como el español, que tiene que confiar mucho en sus pensadores— funestas de Altamira, Unamuno y de algunos otros. Pesimismo o patriotería —y de ésta hay varios síntomas en el libro de Altamira— no llevarán a España a ninguna parte. Y lo que sí podrá empujar al pueblo español, es decir, mucho capitalismo, no sé si podrá encontrarlo a tiempo, porque no está el horno para bollos ni la situación económica universal para permitir un normal desarrollo de la burguesía española.

DR. G. J. GEERS.

Enschede (Holanda).

Actualidad literaria yanqui

Una nueva obra de quien pudo obtener el premio Nobel.

Si en 34 naciones, de saber que el premio Nobel de literatura había de otorgarse a un norteamericano, se hubiese celebrado un plebiscito, ¿a qué escritor yanqui le hubiesen otorgado la suprema distinción?

Se puede anticipar que el hombre de la cabellera roja, Sinclair Lewis, no hubiera sido el designado. Y no sería por el color de su cabellera. En esas 34 naciones las obras de Sinclair Lewis, conocidas, escasamente apreciadas, lo mantenían en el clarooscuro de "un escritor que promete". Es una categoría como el primer año de preparatorio en una de nuestras Universidades. Durante el primer curso se ignora si el estudiante resultará el benjamín de los profesores o su martirio.

En Suecia decidieron graduar al escritor que prometía, produciendo el má-

ximo asombro en su país natal y un poco de confusión en el resto de los países. En Inglaterra los críticos literarios comenzaron, de nuevo, a devorar "Babbitt" y "Arrowsmith". ¿Dónde estaría el talento para alcanzar un premio Nobel? Algo habíaseles escapado en lecturas previas. Quizás aquellas páginas brincadas sin leer, en la prisa de su tarea crítica, eran exactamente las que contenían el secreto del genio del autor. ¿Qué buceo! ¿Qué labor de exploración literaria submarina!

En Norteamérica nadie se cuidó de volver a leer a Sinclair Lewis. Sencillamente, siguiendo la moda actual, los escritores se fueron definiendo y declarando pro Lewis o contra Lewis. El público, el bueno y candoroso público que leía las novelas de Sinclair Lewis, únicamente se interrogaba desconcertado: "¿Qué es eso del premio Nobel?". Los periódicos, con la claridad de hechos que les caracteriza, se encargaron de descifrar el enigma. El premio Nobel eran 48.000 dólares. "Poca cosa", pensó el lector de "Elmer Gantry"; "en una operación afortunada en la Bolsa se podía doblar, sin necesidad de maquinaciones de alta finanza, esa suma". ¡Bah, y para eso tanto ocuparse del asunto los periódicos!

Volviendo al veredicto de las 34 naciones aludidas, ¿cuál sería el escritor preferido? No es preciso esforzarse mucho para imaginarlo: Upton Sinclair. Pero Upton Sinclair no es un escritor limpio y puro como Sinclair Lewis. Cuando éste crea con "Babbitt" el "babismo" el prototipo del hombre de negocios yanqui, no lo hace con un fin de reivindicación o de reforma. "Babbitt" es una interpretación personal, es una creación, es producto de la observación y su trasplante literario. Upton Sinclair, en cambio, es algo a modo de varios números de *Solidaridad Obrera* cosidos con una pequeña historia amorosa en la que las hijas de los burgueses se entregan alegre y frívolamente y las de los proletarios aman dulce y profundamente con su noble, generoso y tierno corazón.

Gran novelista Upton Sinclair; ¿pero quién no se cansa de oír latir a través de las páginas de sus novelas, ese tierno, noble y generoso corazón de las hijas de los proletarios?

Ocultando un poco la etiqueta "socialista", con la cual, a modo de marchamo, se expenden los libros de Upton Sinclair por 34 naciones en el mundo, Farrar & Rinehart publica ahora "Roman Holiday" (Fiesta Romana). Digo ocultando un poco, porque aquí también, al lado de la emoción y la conmoción de las carreras de automóviles, hay una Marcia, muchacha socialista, con corazón tierno, noble y generoso.

"Roman Holiday" tiene más cuerpo de novela que sus antecesoras. Tiene el sabor acre de todas las obras de Upton Sinclair y, en una palabra, la píldora socialista aparece excelentemente dorada. Luque Faber, conservador, natural de Nueva Inglaterra, región de Estados Unidos tan pródiga en conservadores como lo es California en naranjas, además de dedicarse a la fabricación de automóviles de carrera, los conduce. Hombre moderno, y adinerado, tiene los vicios de los hombres opulentos y de la generación precedente: tiene influencia política, tiene una querida, tiene una prometida, toma "cock-tails".

No podía faltar el contraste obrero en la nueva obra de Upton Sinclair. Cuando los elementos comunistas de Rivertown, donde tiene Faber su planta, amenazan con insubordinar a los operarios, el dueño organiza un "raid" al Centro obrero. Se le respeta y se le odia. Como en novelas precedentes, el protagonista ama en secreto a una obrera de corazón de mermelada.

Se verifica en Rivertown la carrera automovilística anual. El coche que con-

duce Faber se estrella. Se estrella, y su conductor resucita en Roma, víctima de un accidente en una justa de carros romanos. En lugar de expresarse en inglés, domina con versatilidad asombrosa el latín. En vez de llamarse Luque, se le conoce por el nombre de Lucius. Fuera de estos incidentes, en Roma los Faber ocupan la posición privilegiada de que en la realidad gozan en Nueva Inglaterra. Y lo mismo que ocurre en River-town Lucius se sorprende enamorado de Marcia, una bella muchacha, de corazón tierno y generoso, pero de ideas radicales. La impresión que le produce la muerte de Marcia en sus brazos le hace el efecto de la sal de higuera y recobra la realidad de su estado de nuevo en River-town, sorprendiéndose de que, en realidad, hayan matado a Marcia. Su corazón, entonces, comienza a debatir con su inteligencia, y concluye por creer que el radicalismo es una nueva religión. Por la conclusión de su razonamiento bien se puede juzgar el triunfo, como de costumbre, obtenido por el corazón.

"Roman Holiday" será, sin embargo, una novela muy leída. En un estilo cálido y premioso, no desmerece de "La selva" o "El petróleo", y responde exactamente a esa novela de tesis que a tantos gusta.

Al terminar su lectura, yo pienso en la ingratitud de los californianos que se niegan a elegir gobernador por el partido socialista a Upton Sinclair, a pesar de su gran renombre internacional y de haberse presentado ya en dos ocasiones como candidato. Puede que no sea ingratitud. Pensarán los de California que, si el proverbio de "zapatero, a tus zapatos" es excelente para estos industriales, no lo es menos aplicado al arte de escribir, y se dirán: "Novelista, a tus novelas".

AURELIO PEGO.

Nueva York, enero.

Comité Hispano-Eslavo

Invitados por los Sres. Altamira, Benlliure, Cambó, vizconde de Eza, Dr. Marañón, duque de Maura, Menéndez Pidal y Zulueta, se ha reunido en el Centro de Estudios Históricos, bajo la presidencia del Sr. Menéndez Pidal, un buen número de personas con objeto de formar un Comité Hispano-Eslavo en Madrid, el cual tiene como finalidad fomentar las relaciones espirituales y económicas de España con los países eslavos, a la manera de los Institutos parecidos creados cerca de los establecimientos de alta enseñanza en los demás países.

El Sr. Zulueta explicó el motivo de esta iniciativa y las razones de orden científico, educativo, cultural y económico que recomiendan la constitución de un Centro de Estudios eslavos en Madrid.

El Sr. Castillejo ha definido, sobre la base de un proyecto de Estatutos, la constitución, organización y funcionamiento del Comité respectivo.

El Sr. Duque de Maura hizo algunas aclaraciones, sobre todo en lo que concierne a la relación del Comité con los representantes diplomáticos y consulares de los países eslavos acreditados en España.

Por último, el Sr. Kybal trazó un programa de la actividad que el Comité, una vez constituido, podría desarrollar en un porvenir próximo.

Habiéndose aprobado unánimemente las líneas generales de la constitución, se ha acordado celebrar en febrero una reunión constitutiva, que tendrá por objeto la aprobación del texto definitivo de los Estatutos y la elección de Consejo directivo.

A dicha reunión han asistido, entre otros, los señores Jiménez Caballero, don Amado Alonso, D. Miguel Artigas, don Ignacio Bauer, D. Francisco Bernis, don Blas Cabrera, Dr. Fernández de Alcal-

de, D. Antonio Flores, D. José Francés, D. Gabriel Gancedo Rodríguez, D. Luis García Guijarro, D. A. R. López del Arco, D. César de Madariaga, D. Eduardo Marquina, D. Tomás Navarro, D. Juan Negrín, D. Ramón Pérez de Ayala, don Carlos Prast, D. Luis Rodríguez Escartín, D. Claudio Sánchez Albornoz, don Rafael Salgado Cuesta, D. José Subirá y D. Nicolás María de Urgoiti.

Otros varios, entre ellos el vizconde de Eza, D. Mariano Benlliure, D. Americo Castro, D. Enrique Díez-Canedo, doña Concha Espina, D. Jacinto Grau, don Luis Hoyos, D. Alberto Jiménez, D. Rogelio de Madariaga, D. Eugenio d'Ors, D. Francisco Recasens, D. José Rogerio Sánchez, D. Joaquín Turina, D. Antonio Sasia y Padre Zaragüeta, han enviado su adhesión.

Han tomado parte también en la reunión los representantes diplomáticos de Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia, acompañados de sus secretarios.

CONMEMORACIÓN

Discos románticos

4.—Definiciones.

El Romanticismo ha oído —en este trance de su conmemoración secular— el imperativo de moda postdictatorial: ¡Hay que definirse! El Romanticismo nunca hubiera creído en esta necesidad. Y, mucho menos, en la posibilidad de que fallaran todas las definiciones en uso y abuso. Ya hemos visto cómo la definición lanzada por Eugenio d'Ors no era completa. Cómo había de añadir, junto al culto de las cosas que vuelan, el culto a las cosas que se hunden. Tampoco nos son útiles ciertas definiciones por vía comparativa del tipo de El liberalismo en el arte, cara a Monsieur Hugo, o de ciertas alusiones escuetas al subjetivismo que circulaban en los salones gæthianos. Claro que, después de todo, las nieblas germánicas andaban en el meollo de la cuestión. Y nosotros... En 1824 empezó a publicarse —un sábado, 10 de enero— cierto periódico lleno de pretensiones y de lo que, a fines del ochocientos, se hubiera llamado afán cosmopolita. Título lleno de enjundia: El Europeo. Para justificarlo, un redactor de apellido inglés, Cook, que bien pudo ser —¿por qué no?— el acicate de Voyages en Espagne, conducidos por el relumbrón medievorrromántico y una agencia de viajes en embrión. Dos italianos: Galli y Monteggia. Un Catalán, Aribáu, y otro, López Soler, de entronque castellano. ¡Mal cuerpo de redactores éste, para romantizar! Bueno para ser romantizado. Españoles e italianos, inútiles para el caso, por no saber sentir Grecia como una nostalgia, sino como una presencia demasiado próxima.

Verán ustedes: Luigi Monteggia, en el segundo número, se pone a teorizar sobre el romanticismo. "El carácter principal del estilo de los románticos —dice (y aclara, no sé por qué)—, de los románticos propiamente dichos, consiste en un colorido sencillo, melancólico, sentimental, que más interesa al ánimo que a la fantasía." Mal, muy mal, Signore Monteggia. Esto no es decir nada. Ahí tiene usted al Romanticismo mirándose al espejo de su ansiedad: "¿Cómo soy?"

5.—Futurismo, 1817.

En 1817 —cien años antes que la metralla lírica de Marinetti hiciera fuego— se publicaron "por unos amigos del autor" los Ensayos poéticos de Buenaventura Carlos Aribáu. Hay aquí

una obra que nos interesa: Oda a los globos aerostáticos de M. Montgolfier. Es curioso constatar un hecho: mientras el siglo XX se considera siempre como un punto de partida, como la madrugada de una cultura nueva, el siglo XIX se considera a sí mismo como el don de los tiempos. El siglo XIX es un siglo narcisista, satisfecho de sí, pedante, aparatoso. El siglo XVIII cantará a la imprenta y hasta, si se quiere, a la Vacuna. El nuestro enloquecerá líricamente ante los aviones trepidantes o las constelaciones eléctricas. Pero el siglo XIX —el Gran Siglo del Desequilibrio— excede a todos en la desproporción de su grito. Hay una descripción de Tamayo y Baus del ajeteo de la vida moderna —primera mitad del siglo XIX— que parece escrita por un neoyorquino de hoy. En cuanto a Aribáu, véase cómo se exalta ante los globos aerostáticos de M. Montgolfier, los globitos del señor Montgolfier, que hoy sólo nos parecen una birria conmovedora:

... el hombre osado
al alto cielo sin temor se lanza,
su ligereza alcanza
al viento que le sufre;
por una senda nueva
al claro templo del honor se eleva.
¿Y qué mortal dichoso plugo tanto
al Dios de la invención que le infundiera
su espíritu sacrosanto
y le mostrara por la vez primera
la incógnita carrera que hasta el día
nadie en el mundo recorrido había?
¡Tú fuiste, Montgolfier! Tú penetraste
la región do la nube se entumece...

Etcétera.

6.—Escenografía.

Lo interesante sería precisar la raíz auténtica del Romanticismo prescindiendo de la escenografía. Pero —he aquí el problema...—, ¿acaso la escenografía no es algo esencial, consubstancial en la estética del Ochocientos? Veamos —para mayor claridad— y examinemos claro síntoma —lo mismo que Rennert, frente al teatro de Lope— las acotaciones teatrales. "El desengaño de un sueño", del Duque de Rivas, se abre con esta acotación: "El teatro representa una montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar embravecido... El cielo representa al anoecer cubierto de nubes borascosas. Se verán relámpagos y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento." (Calderón —La vida es sueño— presenta la misma acción que el Duque de Rivas. Pero la escenografía no es una proyección del ambiente sobre el actor, sino que es el actor quien la dice, en los primeros versos de la obra, que incluyen peñascos, viento y tempestad, sin necesidad de acotaciones. El personaje crea el estado de ánimo más culminante; no se deja fecundar —femeninamente, románticamente— por su alrededor. He aquí una diferencia —otra más— entre clasicismo y romantincismo. El Don Alvaro, pongamos otro ejemplo, se cierra con esta otra acotación: "Hay un rato de silencio; los truenos suenan más fuerte que nunca, crecen los relámpagos y se oye cantar a lo lejos el Miserere a la comunidad que se acerca lentamente." Se trata, esto está ya bien claro, de envolver a los personajes en un ambiente.

Apoyándome en acotaciones parecidas y en cierta tendencia al cuadro plástico y a la apoteosis, denunciaba yo hace pocos días un germen de romanticidad en el teatro de García Lorca.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA.

Polémicas universitarias

¿Parcas o Amazonas?

Sé que definiendo la causa del diablo. Pero busco la impopularidad y el vejamen cuando el arregosto común de una casta decrepita es la complacencia y la simpatía.

Nuestro arquetipo fuese la narodina rusa, capaz de las mayores exaltaciones tímida, estimulante, domoñada; la mujer émbolo de la vida y de la novela prerrevolucionarias. Después de 1917, por ejemplo, la heroína de El Cemento, de Gladkov.

Nunca la estudiantona yanqui, puritana o frendiana, quien del sport y del sexo se sirve como de unos guantes de boxeo para las peripecias del triunfo.

Antes la escolar ibérica de humanidades era ese ser insólito —ojos desdeñosos de los camaradas—, mezcla del sacerdote y de varón mutilado: mas ocasionatus. Impertérrito recitador de cosas de memoria, con coraje y tozudez de sublimar la conciencia de sus menoscabos corporales. Era sobre el paisaje masculino español la machaconería de una ansia monacorde: Virilizarse a fuerza de fealdad y aplicación. Intimamente, una heterodoxia, un pecado de cultura contra Natura. Pues en España siempre ha dominado la matriz analfabeta. Las universitarias desertaban de su soberanía. El refranero —artefacto de hembras— inventó vengativo: "Mula que hacen hin y mujer que parla latín, nunca hicieron buen fin."

Ahora escribía D'Ors: "Estamos con el feminismo en el imperio de la dignidad... ¿Quién salvó a la segunda Edad Media de la ruina? En el fondo, Clemencia Isaura..."

Son los tiempos venidos del profeta hebreo Salomón Reinach, cuyo vaticinio fué en el prólogo de Eulalia; aquel griego sin lágrimas ni suspiros, donde las jovencitas iban a apoderarse de la Antigüedad clásica, la Historia y la Filosofía.

Aguzad la oreja: Unos compases de gramófono —durante la mañana se danza en La Facultad—. Es la marcha triunfal de la novísima irrupción de bárbaros. (El consabido simil: Roma, 476. La etimología consabida: Bárbaro Extranjero.) Un noventa por ciento femenino dentro de la matrícula de alumnos de Filosofía y Letras.

Precisad la vista: No llegan amazonas, despojadas de la atracción del sueño, esquivas y sobrias, dispuestas a vencer todos los enemigos del cuerpo y del espíritu. Sino matronas, comadronas, acunadoras en su regazo ubérrimo de cualquier lascivia profesoral, machunas, que les prepare el fin. Un fin hogareño de Parcas de bajorrelieve: "Cuidó bien la casa e hiló la lana"... Luego de haber bailado.

¿Van a desquiciarse —durante un fandango musical y trivial— los restos del trivio académico? Acaso no.

Sobre los bárbaros gravita la sombra de Roma. Dentro de quince o veinte años los Claustros de los Institutos españoles serán de mujeres. Ellos empollarán las juventudes contemporáneas con esencia latina de manuales Budé, de ins dominador romano de glosadores de Balonia, de pseudo imperialismo de Sacro Imperio; atornillarán la esclavitud del átomo frente al privilegio estatal divinizado de unos pocos terratenientes.

Las féminas con el altar y el trono atajando la revolución de abajo arriba; de hombre de tierra, de desprecio de ley, de alma georgica, de mir, de aufalir, de conchejo abierto.

Hasta aquí mi denuncia.

Si lo exige la fábula, que se repita una vez más el mito de Orfeo. Que salomice

alrededor de mi cabeza degollada el coro de bacantes. Que mi cabeza, de escalón en escalón, junto a las colillas y los escupinajos, ruede por tránsito de mármol a la calle. Que mi cabeza allí florezca como una bomba salvaje y canalla.

APARICIO.

Enero 1931.

Libros sobre el siglo XV

Todo el siglo XV es para Europa una encrucijada.

Siglo en el que se pasa a la ordenación de toda la cultura según principios adoptados de la antigua civilización clásica; años en que políticamente se establecen las directrices de la política del porvenir. Aunque lo anterior, en proporción gradualmente menor, siga perdurando.

Pero la bibliografía que ahora se reseña no se refiere a las nuevas direcciones del derecho político, sino a quienes personalmente las representaban. Que si no fueron sus determinadores, si fueron quienes de ella beneficiaron, y quienes llevaron a cabo la evolución necesaria para su implantación.

En la península, en los diferentes reinos en que ésta se dividía, si culturalmente sigue la transformación que en Europa se verificaba, aunque con características propias, producto de factores sobre los que no cabe detenerse, políticamente marca el siglo del auge y del predominio de la dinastía de los Enriquez, que de Castilla se extienden a Aragón y Navarra.

Casi copan los tronos peninsulares, y así preparan la futura unidad política.

Recordemos: Fernando de Antequera, regente de Castilla, es elegido en Caspe Rey de Aragón (1412). Juan, su hijo, casa con la heredera del de Navarra, de donde es Rey en 1425; luego, al morir su hermano Alfonso, une ambas coronas de Aragón y de Navarra.

Su hijo Fernando II, por casar con Isabel de Castilla, hermana de Enrique IV, logra por vez primera ver unidos ambos reinos. Ya, desde comienzos de siglo, intimamente emparentados por una continuada política matrimonial.

Pero no todas estas victorias —de la diplomacia y de la oportunidad, de las armas y de la fuerza— se lograron sin contraste y sin lucha.

Asunto el de la entrada de la dinastía castellana en la Corona de Aragón propicio a toda clase de declamaciones.

Y si unos no ven en él más que un triunfo del derecho, otros quieren ver la iniciación de la decadencia de Cataluña. Y así, por ambas, corrientes oscurecido, espera aún su historiador que, después de Zurita, nadie lo miró con mirada transparente. En unos tan altas alabanzas como en otros amargas críticas.

Recientemente han removido estas aguas, y aun alzado una polémica, dos libros que aparecieron casi simultáneamente en las librerías: edición de una crónica de comienzos de siglo el uno, libro de Historia construida, y de juicios, el otro.

La crónica de Boades (descubierta en el siglo XVII, por primera vez editada a fines del siglo pasado, aunque

por dificultades en la impresión no apareciera hasta principios de éste) intervino en la polémica, no por el fragmento que de su texto se ha editado ahora (1) —primer volumen de los tres que comprenderá el texto integro—, sino por los últimos capítulos, que ya su editor, E. Bagué, certeramente valoraba en su prólogo.

Polémica en la que —como en todas— se ha llegado a afirmaciones contundentes y apasionadas, alejadas, por tanto, de la verdad.

No es ocasión de resumirla, y menos de reseñar sus incidentes; sólo indicaré que Giménez Soler (2) ha llegado a negar su autenticidad, sin aportar por ahora convincentes pruebas, aunque anuncia un próximo y detenido artículo.

Y que en la defensa, de la crónica, de Boades, y del conde de Urgel, se ha llegado en ocasiones a exagerar lo que la crónica y los documentos coetáneos nos enseñan, fué la realidad.

Como tal, compleja y oscilante; realidad vivida por hombres, con sus virtudes y sus debilidades, que, por ellas y su cercanía a los sucesos, no tuvieron visión clara del porvenir, al que no veían con la perspectiva y la serenidad con que debieran verlos quienes de ellos sólo hacen siluetas movidas a capricho.

En este asunto aparece claramente, por una parte, la fuerte personalidad de Fernando de Antequera, más destacada frente a la de su antagonista, débil y fracasado. Personalidad que le hace aprovechar la menor oportunidad en su provecho; como al conde de Urgel su impolítica le hace desaprovechar el innegable partido que tenía en Cataluña, y aun en Valencia y en Aragón. Y le hace apoyar sus pretensiones en un señor desmandado y perseguido, como era D. Antón de Luna.

Hacer una crítica actual del libro de Doménech y Montaner "La iniquitat de Casp" (3) —el título, revelador y folletinesco— sería injusto. Pues, por una parte, como libro póstumo que es, aunque nada diga su editor, se hace imposible discriminar la parte que corresponda a uno y otro.

(1) Bernat Boades: Libre de Feyts d'armes de Catalunya. Volum I a cura de Enric Bagué. Barcelona, 1930. "Els nostres classics", col. lecció A. 29.

(2) Artículos en *El Nocturno de Zaragoza*.

(3) Ll. Doménech i Montaner: *La iniquitat de Casp i la fi del Comtat d'Urgell*. Estudi Històrico-polític. Barcelona, 1930.

PLUMAS

y

PALABRAS

POR

MANUEL AZAÑA

CINCO PESETAS

CIAP. LIBRERIA FERNANDO FE,
PUERTA DEL SOL, 15.-MADRID

Su técnica —discurso, carencia casi total de citas—, típica muestra de historia tal cual el siglo pasado la entendía, le quita el valor que pudiera tener de estar documentado y ser sus afirmaciones comprobables. Que no deben aceptarse sin reservas, ya que las comprobables son, en más de un lugar, profundamente apasionadas. (¡Aquél último capítulo y la historia del arte en Castilla!)

Todo su interés estriba en ser un "corpus" codificador de una interpretación de la historia.

Al editor: ¿por qué, en 1930, aquellas reproducciones de sellos, fragmentarias, hechas según dibujos a pluma de un "modernista"? La impresión, muy pulcra.

Otro momento álgido. En Castilla esta vez, aunque su importancia traspasa los límites de Castilla, y aun los de la península.

Lucha, a la muerte de Enrique IV, entre su hermana Isabel, apoyada por parte de la nobleza castellana y por Aragón, y Juana, la Beltraneja, apoyada por Portugal y otro núcleo de la nobleza y de las ciudades castellanas.

Se decide en aquellos momentos la historia de España. Vence Isabel. Predomina Aragón y su política mediterránea, con su herencia en Italia. Piérdese la posibilidad de acaparar, conjuntamente con Portugal, el Atlántico.

Pero no es de futuros que fueron posibles, sino de pasados que hay que tratar. Y el pasado que estudia Fernández Domínguez (4) es la historia de esos movimientos, con detalles acerca del núcleo de resistencia que fueron, para el partido de la Beltraneja, las ciudades fronterizas de Zamora, Toro y Castronuño.

Estudio documentado con documentos del Archivo Municipal de Zamora, y construido alrededor de éstos. Uno de ellos descuella entre los varios transcritos y publicados fotográficamente: la declaración que de sus derechos hace doña Juana (Plasencia, 30-V-1475). Documento del que no se conocía original, pero sí era conocido a través de historiadores que le conocieron por un perdido original del Archivo de Madrid.

Nunes de Leao y Zurita demostraron con esto, una vez más, su probidad; "no se diga que se deja de referir por respeto al vencedor", comentaba Zurita. Pues en él hace relación doña Juana de todos sus derechos, hace historia del pleito con su tía, y aun acusa al partido de ésta de la muerte de su padre, de haberle dado "yervas e ponçonna". Y es por esta frase la de Zurita. Una vez más ecuanime y servidor de la verdad. No importa repetirlo.

Pero ni éste, ni los demás documentos que en el citado estudio se dan a conocer, proporcionan datos que hagan variar la posición del problema de la sucesión tal cual fué planteado en el estudio, todavía cercano, del Dr. Marañón (5).

Ni éstos hacen variar la ficha clínica de Enrique IV —tan reveladora— construida por el Dr. Marañón des-

(4) José Fernández Domínguez: *La guerra civil a la muerte de Enrique IV*. Zamora, Toro, Castronuño.—Zamora, Imprenta Provincial, 1929.

(5) G. Marañón: *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*.—Madrid, C. I. A. P., S. A. (1930).

pues de detenido estudio de las crónicas contemporáneas —agudísimas— y de los restos que de aquel rey y de su época llegaron a nosotros.

Estudio de quien, igualmente dotado como médico que como historiador, se ha hallado en inmejorable posición para lograr un juicio que, si no definitivo —nada lo es—, quedará inmejorado durante mucho tiempo.

No podrá calificarse de igual manera el estudio de Fernández Domínguez. Y aun si nos apartamos del texto y ojeamos la presentación, rumbosa, el calificativo será menos halagüeño. Pues se puede ser héroe y mal dibujante. Y ya que esto parece un aforismo, añadamos otro en honor del editor: más que una mala ilustración al texto, el texto limpio.

Escapa su tema de los límites del artículo, el siglo, pero Enríquez es la protagonista, y aún vivió algún año de este siglo; por esto, vaya aquí la cita de su aparición, suspendiendo todo comentario para otro más oportuno lugar.

Johanna die Wahnsinnige, ihre leben, ihre zeit, ihre schuld, por E. Pfandl (6), es libro también reciente. Última novedad en la bibliografía de quien, por entrar ya en declarada anormalidad, ha merecido más estudio como persona que la da de sus antecesores todos. De quienes por herencia le provienen sus taras y su locura.

Y aun añadamos, apurando el espacio y aun el tema, pues es obra literaria más que histórica, si seguimos una nomenclatura tan "clásica" como falsa, el *Curial e Guelfa*, novela catalana recientemente reeditada (7).

R. Aramón cuidó de la edición y del prólogo; y si éste no marca un avance señalable en el estudio de la obra y de sus características, aunque sí reúne toda la bibliografía anterior, aquella, la edición, es innegable más perfecta que la anterior. Y el texto ha ganado claridad en más de un pasaje, y mayor corrección y mayor sumisión al original.

Curial e Guelfa, novela caballeresca y amorosa, como documento histórico tiene importancia en cuanto es revelador de costumbres. La acción, en Italia y en países centroeuropeos; pero indudable la catalanidad de su autor y la de algunos de sus modelos.

Pero en ella es de notar, más que nada, el sentimiento de universalidad y de individualidad del caballero y de la caballería. Sentimiento que con el siglo va a perderse, mejor, a sufrir una transformación, que puede verse en sus comienzos en esta misma obra. Se acortezana.

JAVIER DE SALAS.

(6) Herder: *Freiburg im Breisgau*, 1930.

(7) *Curial e Guelfa*. Volum I. a cura de R. Aramón i Serra.—Barcelona, 1930. "Els nostres classics", col. lecció A. 30.

Lea COSMOPOLIS

Revista del gran mundo
Modas, deportes, cine,
teatros, literatura

1,50 pesetas

PIO BAROJA

Remember.

Yo tengo unos cuantos recuerdos personales acerca de Pío Baroja. Voy a ponerlos en orden. La primera novela de Pío Baroja que yo leí fue "Aurora Roja" —era yo un niño absorbido por mi latín y por mi gramática—. "Aurora Roja" era una novela de anarquistas, lo más contrario que pueda existir al latín y a la gramática. Esta novela hizo en mí, no se por qué, una profunda impresión. Leí después algunos artículos en *Revista Nueva*, la revista de Luis Ruiz Contreras, ese viejecito que viste con los trajes de Anatole France, y que ha heredado la barba del autor de "L'Anneau d'Ametyste", y a quien, a veces, se le encuentra uno con un montón de zanahorias bajo el brazo. Aquellos artículos de *Revista Nueva* creo que estaban firmados por el Dr. Baroja y eran algo como "La Psicología del Golfo". Desde entonces yo he leído muchos libros de Pío Baroja. No sé si, como decía aquel americano, entre mis libros habrá metro y medio de Baroja.

Yo recuerdo, también, personalmente, a Don Pío. Todas las tardes, en la redacción de *El Radical* —el desaparecido periódico de Lerroux—, entraba Don Pío con el paraguas bajo el brazo, y con un "Buenas tardes" se abismaba en la lectura de todos los periódicos de provincias. Yo no sé qué buscaba en aquellos periódicos; creo que no serían datos para la historia de Avirana. Terminada su rebusca en aquel Rastro de papel periódico, si en la redacción no había persona propinqua a entablar discusión sobre alguno de los temas caros a Don Pío —los jesuitas o los socialistas, cosa que viene a ser lo mismo—, Baroja tomaba su paraguas y salía por donde había entrado, esto es, por una puerta excusada que tenía el despacho del director.

Con la bilis y con la pluma.

Después yo, un poco envenenado ya por la literatura, oí hablar de Pío Baroja como de un hombre de algún talento, pero que, en realidad, no era un escritor. Yo, que no suelo hacer caso de las razones exteriores de las gentes, sino al modo de aquel que opinaba que las palabras no sirven sino para ocultar el pensamiento, sabía que entre las demás cosas que decían estas gentes había una que, aunque no la decían, pesaba por todas, y era que Pío Baroja no había sido seminarista, y que no sabía, seguramente, cuántas habían sido las Marías, ni tenía datos precisos acerca de Lactancio, ni conocía en qué año se había celebrado el concilio de Trento. Yo, al principio, me dejé llevar un poco por las palabras untuosas de estas gentes eclesiásticas, pero luego pensé que para ser ingeniero o arquitecto también hay que saber algunas cosas y que no se construye un puente o se abre una mina con la facilidad con que pensamos los que no lo hemos hecho. Y bien está que haya teólogos o maestros de ceremonias, pero también está bien que haya ingenieros...

Fernando Ossorio, el héroe de "Camino de perfección".

Fernando Ossorio es el héroe barojesco por definición. Ninguna de las posteriores creaciones de Pío Baroja

es tanto Pío Baroja como este héroe de la voluntad trunca. Fernando Ossorio es el héroe español salido de un medio reaccionario y fanático, con descaro suficiente para enfrentarse con este medio. No importa que su disconformidad no llegue a cuajar en hechos reales, pero hay que saber lo que supone decir que no a la infalible burguesía española, y lo que suponía hace años tener amistad con alemanes, cuando un alemán era un ser al que había que recibir a pedradas, un hereje inundo y nefando.

Este Fernando Ossorio, aristócrata, aficionado a la pintura, defiende el impresionismo —que a tanto vale su declaración de que él pinta sin el modelo delante, y que pinta según el recuerdo y no según es en la realidad, y si no se recuerda no se pinta—, conseguía que los cultivadores de este modo de arte vieran sus cuadros colocados en la célebre sala del crimen; así, Ignacio Zuloaga. Hoy los jóvenes de vanguardia desdeñan a este pintor, pero Ignacio Zuloaga, en su tiempo, fué también un iconoclasta. "Camino de perfección" es la pintura más acabada de la vida española en los pueblos de Castilla, en un momento de nuestra historia moderna. Esta pintura de "Camino de perfección" es más verdadera que la vida de los pueblos castellanos descrita por *Azorín*.

El Madrid en que Pío Baroja empezó a escribir era bastante distinto a este Madrid que conocemos. Estos jóvenes —Pío Baroja, por los años del noventa y ocho y noventa y nueve, lo eran también de esa especie de jóvenes individualistas y robinsonianos, adjetivo con que el señor Ortega y Gasset tuvo a bien calificarnos a nosotros en cierta comida del Café de Pombo. Desde luego que estos jóvenes —como nosotros ahora—, ni creían en cierta clase de disciplina ni en cierta clase de jerarquías. Como las palabras tienen la importancia que los hechos vienen a concederlas, es posible que el señor Ortega y Gasset haya modificado algo la opinión que hace unos años tenía de la disciplina y de la jerarquía. Pío Baroja escribía de modo adelantado en un Madrid destartado y anarquizante; todo no eran los discursos parlamentarios ni la fausta brillantez de la Corte. Sus novelas —como ha dicho también el Sr. Ortega y Gasset— están llenas de vagabundos y de gentes inadaptables; de sujetos "hors la loi". Los que no son diplomáticos, ni potentados de la fortuna, también tienen derecho a que se escriba acerca de ellos. El amor a las jerarquías no impide comprender esto...

Baroja, hombre humilde y errante.

Encontrar a Pío Baroja es encontrarle camino de algún sitio. No se conoce a Pío Baroja sino en nomadismo constante. Pío Baroja es el escritor que hace desfilar por sus novelas más variada multitud, y esta diversa copia de gentes no es la multitud del ágora o del comicio, sino la errante y varia multitud, dispersa y anarquizante, en que cada cual marcha por su camino. Muchos —la mayoría— de estos personajes que desfilan por las novelas de Baroja no se han visto unos a otros en la vida, jamás se reconocerían como amigos, y, sin embargo, todos tenían un indefinido carácter familiar. Pío Baroja es el pintor de todo lo que

ha florecido con alguna personalidad en la vida española de los últimos años.

Elogio del estilo barojesco.

"Baroja no tiene estilo, Baroja no es un escritor". Esto dicen los viejos buhos de la literatura. Pero, en contra de tan sabias opiniones, como dictadas por el pájaro de Minerva, a mí Baroja me sugiere muchas cosas que no encuentro en estas aves sapientes de la literatura. Encuentro la sensación de los puertos del Norte como en ningún otro escritor contemporáneo. La vida de ilusión que desprenden ciertas cosas destartadas.

Pío Baroja es el poeta diario que encuentra su forma de expresión en esta prosa trunca, matizada, llena de sonoridades bajas, que tiene más difi-

cultades y más encanto que la prosa retórica de los continuadores castellanos, los del gesto cesáreo y el viento pragmático.

Baroja, no serás nunca nada.

Desde niño, en la escuela, ya le decían: "Baroja, no serás nunca nada". Así, pues, se conformó con esta opinión desde los años primeros. En la cátedra de la Facultad le volvieron a repetir la misma canción: "Baroja, no serás nunca nada". Hasta la lechuz de Ytzea repite: "Baroja, no serás nunca nada". Pío Baroja sigue sonriendo y su sonrisa dice lo que todos: "Baroja, no serás nunca nada". Como se ve, Pío Baroja va aceptando ya las opiniones de los demás...

JAIME IBARRA.

Notas acerca de la pintura de Francisco Mateos

Forma y fondo de la estampa imaginativa española

La estampa, cuando es de cualquiera parte del mundo, tiene forma y fondo y color. Cuando la estampa es española, tiene además siempre, sin ser española, sin caer en ella, cante y baile y tierra, una tierra distinta en cada caso, si en cada caso se trata de distinto lugar o situación.

¿Pero hay que hablar para equiparar las estampas de aquí y las de allí solamente del fondo y de la forma? Hay que hablar, si se puede, de todo y, si puede, que se hable de él, de quien las hace.

Francisco Mateos es tal vez el único pintor de nueva estética que ha sabido penetrar agudamente este corazón español de la estampa, corazón hermético, más que lleno de pera o de alegría, como creen y han creído siempre hispanistas y españolizantes.

Sin embargo, es uno el que no puede seguir hablando o escribiendo así de la estampa sin fijar previos límites y sin señalar bien lo que hoy se entiende por estampa, por esa palabra usada y rehusada con un concepto distinto a tiempos de inmediatez pasado.

No es el toro —la estampa—, ni la catedral, ni la campesina. Y si es el toro, o la catedral, o la campesina, según se quiere, se sienta o se vea y, sobre todo, según se pinte.

Y Mateos lo pinta de un modo autócoto con técnica pura y espontánea, con esa técnica que se adivina posee desde sus comienzos de pintor, y que se fortifica en él, en lugar de abandonarle, conforme se va haciendo irónico en sus pinturas. Pero irónico y lírico que vuelve a un mundo suyo después de haber visto con los más inteligentes ojos los mundos ajenos.

Así, un día, en el tiempo atrás, le fortifica Picasso, y le fortifica Chirico, y le fortifica Juan Gris. Pero, como sabe que está tan cerca de ellos, no quiere ponerse tan cerca para no caer en estúpido discipulazgo. El tiene materia propia aprovechable. "A él no se le puede aconsejar disciplina alguna de escuela", dice de Mateos Jean Casson. Y añade: "Es el pintor de la greda." Y uno tiene ganas de terminarle a Casson la frase: "...de la greda española y de las llanuras pardas, pero ricas, explotables, pero perdidas de Castilla".

Se las lleva el pintor lejos, las exhibe en el mundo a estas llanuras, y cuando se le van olvidando vuelve por aquí a recordárselas.

A Kokoschka, a George Grosz, les habla de ellas. A estos imaginativos formidables, que encuentran a su amigo —adherido a lo que después se llamó expresionismo, o expresionismo imaginativo con mayor precisión, por varias gentes—, que le encuentran como un imaginador excepcional. Pero no se lo dicen, porque no son críticos y porque entonces era

menos el momento de decir que el pintor. Tiene que elevar su voz mucho —o por lo menos bastante— después de Teriades, el difícil crítico de "Cahier d'Art", para que él mismo lo sepa. Pero ¡ea!, ya se lo han dicho: "Es un pintor pintor", dos veces pintor, y un "pinto poeta". Sin embargo, ¡atención con lo poeta!, ¡atención a los mal pensados! E un pintor poeta de la pintura. Y es otra variante más de esas magníficas que nuestros pintores han dado en París. Así puede decirse que hay un pintor de lo astronómico, de lo microscópico, de lo que sueña: Joan Miró. Y un pintor de lo que se toca demasiado: Dalí. Y un pintor de lo que no se tocará nunca y que está como lejano en la realidad: Boreas. Y un pintor de lo que se ha caminado muchas veces sin saber bien el camino, y que después nos lo han revelado por las adherencias de tierra en los zapatos: Mateos. Y habríamos de completar todavía con dos pintoras actuales, y que no han necesitado de viajes para incorporarse a la pintura de lo suburbano, María Mallo y la de lo subdesvariado, Angeles Santos. Alguno más, o tal vez algunos más, podrían completar el grupo que no es grupal; pero ya está bien.

El camino de España lo ha andado y visto andar muchas veces Francisco Mateos. Se lo ha oído cantar a poetas demasiado "cantables" y a poetas de patética canción, y se lo ha visto pintar a muchos pintores.

Él ha hecho poco caso y, después de ver tanto, se ha dedicado a sentir.

Y siente así en colores espontáneos y decididos, en enigmas tan fuertes como el mismo fuerte enigma de España. A veces con una sola línea, con una sola luz, o con un solo marchón de pintura, está dicho todo: la mujer, el toro, el pañuelo, el drama del Sur o la canción del Norte. Y a veces con un mundo de elementos ha habido para decir —bien dicha— una sola cosa.

La mujer tiene todo el gran patetismo cuando el pintor ha querido que lo tenga, aunque no se haya preocupado de si todavía en España y fuera de España hay un público "torchers" y unos pintores "torchers" todavía.

Es de lo que menos se podría acusar a Mateos, a pesar de pretender sus colores la bandera de "rojo y oro" que tiene este pueblo. De "rojo y de oro". Pero todo consiste en como se pongan los colores y en el pulso de la mano.

Pulso en la pintura.
Pulso en lo literario.
Y en todas las ciencias y en todas las artes. Y en toda la política.
Pulso para España. E impulso.
Buen pulso.
Mateos es de los pocos.

MIGUEL PÉREZ FERRERO.

FENOMENOS SOCIALES

MOVILIZACION DE LA NOBLEZA

El capitalismo y la alta burguesía

Sobre los orígenes, naturaleza e importancia de movimientos político-sociales como el de mediados de diciembre en España puede cada uno opinar y definir y dogmatizar a su capricho; y lo cierto es que todos hemos ejercitado ese derecho y demostrado incluso a los más distraídos que no faltaron opiniones para todos los gustos aun para los más extravagantes y paradójicos. En una cosa, sin embargo, parece que debemos ir todos de acuerdo, a saber: en que a esta nueva sacudida de los elementos populares ha correspondido, igual que otras veces, una fulminante "movilización" de las "clases directoras", de la Nobleza, del Capitalismo y de la alta Burguesía.

Y ello es bien natural, después de todo, pues dirigiéndose en fin de cuentas semejantes movimientos contra el orden establecido y tan grato a dichas "clases directoras", se acreditarían éstas de cuanto puede desprestigiarlas si ante conmociones de ese carácter permanecieran como los consabidos acantilados ante las embestidas de las encrespadas olas. Necesitarían, en verdad, una insensibilidad de muerte la Nobleza, el Capitalismo y la alta Burguesía para continuar impasibles cuando en la sociedad que "dirigen" se advierten trastornos amenazantes como ese que ahora se ha dejado sentir entre nosotros.

La movilización, pues, de las "clases directoras" resulta en estos casos de una absoluta normalidad, y buena prueba de ello es que en todas partes sucede automáticamente a la agitación revolucionaria, si ésta no triunfa. Sin embargo, no en todas partes reviste esa movilización los mismos caracteres, y aun estoy por decir que los que la distinguen en España son radicalmente distintos de los que suele tener en otros pueblos; citemos a Bélgica, como ejemplo de verdad bien interesante en este caso por haber sido precisamente el partido católico y conservador —socialmente "conservador", en el sentido más elevado de la palabra— el que de manera especial hubo de movilizarse ante el estallido de una revolución temerosa por lo violenta.

A impulso de las conmociones sociales, el partido liberal, entonces poderoso y allí siempre librepensador y enemigo de la Religión, cedió el gobierno de la floreciente pequeña nación al partido católico, formado por los diversos grupos en que se subdividen, como en todas partes, los creyentes; y en el mes de marzo de 1886 la revolución social surgió, como explota una inmensa granada, en España los ricos e industriales departamentos de Mons, Charleroi, Lieja, Gante, etc. El movimiento adquirió desde luego una extraordinaria violencia, pero el gobierno, presidido por el gran estadista M. Beernaert, supo dominarlo y restablecer el orden rápidamente: "La represión —dice sagazmente el gran sociólogo y jesuita P. Vermeerchs, hoy profesor de la Universidad Gregoriana de Roma—, la represión fué pronta, enérgica. El orden triunfó; pero entre estas ruinas humeantes se había derrumbado para siempre la ciudadela del "dejad hacer, dejad pasar" absoluto."

Hasta la fecha indicada, los católicos belgas, o las "derechas conservadoras", como diríamos ahora en España, "habían organizado, escribe Arturo Verhaegen, con tanta competencia como abnegación, todas las obras de enseñanza popular, de asistencia caritativa y de patronato que el amor al prójimo supiera inspirarles. Pero fuera de esas obras y fuera de la acción política, los católicos (las clases "directoras" conservadoras) no habían

entrado en contacto con el pueblo y conocían muy deficientemente las aspiraciones de los trabajadores y sus quejas; ignoraban la labor de cerco del alma obrera perseguido en la sombra, con energía febril, por el Socialismo". Sería curioso e instructivo hacer un paralelo de lo que sobre este punto ocurría a los "conservadores" belgas hace muy cerca de medio siglo, y lo que ocurre a los españoles en nuestros días...

Surgió la revolución social en Bélgica, y el gobierno católico, el gobierno apoyado particularmente en los "elementos conservadores", en la Nobleza y en la alta Burguesía, cumplió enérgicamente, rápidamente su deber de restablecer el orden público trastornado, para conseguir lo cual utilizó la indispensable colaboración de los "Institutos armados", que cumplieron con su deber heroicamente. ¿Consecuencia de todo esto? Pues que en esos "elementos conservadores" brotó, como antes la revolución entre el pueblo, la afirmación unánime de que era preciso y urgente acabar con las causas que promovieran la tremenda conmoción revolucionaria.

Tras de advertir que el jefe del Gobierno supo sofocar el movimiento revolucionario rápidamente, añade M. Verhaegen: "Naturalmente, eso (que los Institutos armados hubiesen dominado la rebelión) no es ni mucho menos un remedio para la situación perturbada y preñada de siniestras amenazas que la explosión popular había revelado. Así que no se limitó a reprimir. Su grande honor ante la historia será el haber héchese cargo, con una ojeada magistral, de la situación y resuelto atender, con medidas legislativas, a todas las quejas justas del pueblo trabajador y proteger a los débiles con la fuerza de las leyes." Y en un Mensaje a la Corona, del mes siguiente al de la mencionada revolución, decía el Gobierno al Rey: "En estos últimos tiempos se han hecho grandes estudios en las ciencias sociales, nuevas ideas se han abierto camino y las legislaciones extranjeras han sentado ya precedentes dignos de un estudio atento. Este trabajo, Señor, será arduo y tropezará con numerosas dificultades; pero cuantos más son los intereses en juego, mayor precisión hay de buscar sin retrasos la manera de conciliarlos y armonizarlos." Seguidamente, el día 15 de abril, se creaba el "Comité encargado de estudiar la situación del trabajo industrial en el reino y de excogitar las medidas que pudiesen mejorarla". Este Comité se hallaba formado por hombres competentes de todos los partidos, por funcionarios y por economistas. ¡Era algo más que una simple Comisión de Homenaje!

Pocos meses más tarde, a principios de noviembre del mismo año 1886, el Gobierno ya tenía planeado un completísimo grupo de trascendentísimas reformas sociales que el Rey resumía en el Discurso de la Corona aplaudiéndolas y elogiando la clarividente actividad de su gobierno, que ante conmociones como la mencionada no reducía su misión al obligado restablecimiento del "orden público" sino que se lanzaba audazmente a la implantación del "orden social".

A su vez los católicos militantes, la Nobleza y la alta Burguesía conservadoras de Bélgica, secundaban la labor previsor del gobierno, y su Unión nacional para el enderezamiento de entuertos" cometidos por el partido liberal, Asociación fundada con miras a la defensa religiosa y a la acción política, y dirigida por eminentes personalidades, organizó para el mes de septiembre del mismo año un

Congreso de obras sociales, que habría de celebrarse en Lieja y para el cual contaban con la aprobación y el eficaz apoyo del Episcopado belga. En la convocatoria del Congreso se decía: "Una revolución terrible amenaza a los pueblos; y hechos bien recientes demuestran que la misma Bélgica dista de estar libre de ese peligro. Es, por tanto, inútil insistir sobre la importancia y la actualidad de la reunión proyectada."

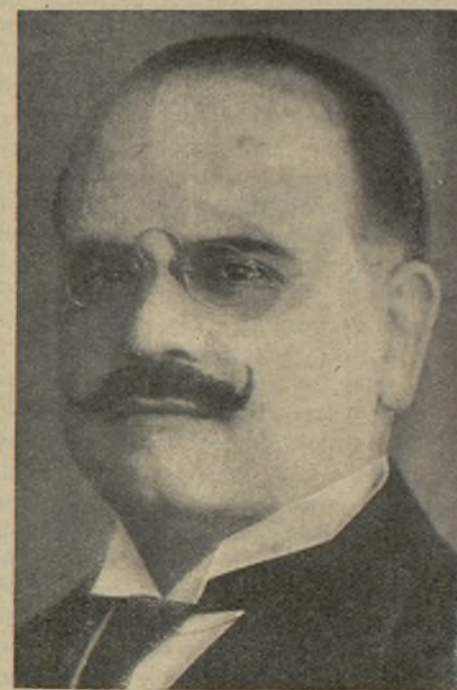
Este Congreso, como la encuesta iniciada por el Gobierno, se dedicó particularmente a oír lo que sobre las causas de la conmoción social citada y sobre los remedios que aquellas reclamaban, expusieron hombres especializados en el estudio de las ciencias económico-sociales; y de todos esos admirables esfuerzos sabiamente dirigidos y fecundamente combinados, de esa laudabilísima e inteligente "movilización de la Nobleza y la alta Burguesía", surgió algo más serio y eficaz que un, por otra parte justificadísimo, homenaje a los Institutos armados que sofocaran la insurrección; surgió la Bélgica moderna, laboriosa y culta que todos conocemos y admiramos. Y como para demostrar que ese y no otro es el camino, desde tan lejana fecha y en un pueblo tan democrático y progresivo, al cabo de cerca de media centuria, continúa en el Poder el partido católico, aunque desde la guerra contando con la colaboración de liberales y socialistas.

M. ARBOLEYA MARTÍNEZ.

Dos conferencias de Eloy Bullón

Dignísimo individuo de la Real Academia de la Historia, D. Eloy Bullón tiene, en múltiples y cimentados trabajos, bien acreditada su experta competencia en las disciplinas geográficas e históricas.

Hay, además, en sus monografías de esta índole una sagaz penetración de móviles. Es decir, el P. Bullón siente estas



ciencias, no como estática manifestación de evocaciones pretéritas y de realidades intangibles, sino con el dinamismo de las ciencias vivas que en un constante renuevo devienen creación a cada momento y son a modo de cantera de que se nutre el presente, acrecentándose.

Acaso esta concepción dinámica y transcendente de la historia proviene en el Sr. Bullón de aquella otra actividad suya ejercitada en las especulaciones dialécticas y filosóficas, de que ha dado tan brillantes pruebas. (Basta recordar "El clasicismo y el sitolitarismo en la enseñanza" y "Jaime Balme y sus obras".)

Recientemente ha publicado el Sr. Bullón la segunda edición de dos notables conferencias: "Valor educativo de los es-

tudios geográficos" y "La independencia de Bélgica".

Esta segunda, oportunísima en la ocasión del Centenario de la nación belga, es modelo de claridad de exposición, de imparcialidad de juicios, de sagacidad de análisis. En este último sentido alcanza grado estimabilísimo de acierto en las páginas finales, consagradas a esbozar las razones que movieron, a las potencias signatarias de los Tratados de 1814 y 1815, a no oponerse a la destrucción del Reino de los Países Bajos y, en consecuencia, a la independencia de Bélgica y su constitución definitiva en Nación. El conferenciante, escrito fácil y correcto, posee, junto al buen tino del comentarista, la elegancia amena y disertada del narrador.

Destaca y enaltece, sobre todo, la calidad de tono de esta monografía histórica, el sentimiento motor, la fuerza inicial y recóndita que anima y mueve el mecanismo expositivo y científico: el culto fervoroso, la conciencia escueta de la justicia inmanente y suprema.

Resplandece, por tanto, también en esa documentada y profunda reivindicación del valor educativo de los estudios geográficos, que es el tema de la otra conferencia del Sr. Bullón, recientemente reeditada, y que es rica en sugerencias de toda índole y en exactitud de personales aportaciones interesantes.

Partiendo de la realidad de que la Geografía es el estudio de la localización de los fenómenos terrestres, el docto conferenciante, empleando el rigor escueto de la ciencia y la noble severidad del verbo denso y discreto, establece, como en un laboratorio, las reacciones según las cuales —paralelamente al prodigio de la Astronomía— realice la Geografía la coordinación de las leyes racionales que rigen las localizaciones terrestres.

Poco a poco despliega el diorama vastísimo y va mostrando la recia y sutil armazón que sostiene y afirma el equilibrio del mundo, y la unión de la Geografía —constitutiva y educadora— perfila sus eficacias por modo indeleble. Su concepto de los estudios geográficos, elevados a egregia categoría, se aparta de la mezquina estrechez rutinaria con que suelen entenderlas quienes no sienten, como él, con fervor y sabiduría, su verdadera profundidad sustancial. Para el Sr. Bullón, en el estudio de la geografía, "lo principal es el íntimo conocimiento de las armonías del Cosmos, la sutil percepción de las misteriosas relaciones que existen entre el factor físico y el factor humano, la noción y como la conciencia de la fuerza, que late bajo las manifestaciones externas de los seres, enlazándolos a todos en una ley suprema de unidad". Alto y noble sentido de humanización, que le lleva a considerar como una obra de grande, de indiscutible, de bello y fecundo valor geográfico, las geórgicas, de Virgilio, de las que hace un examen sagaz y brillante en el "Apéndice" a *Valor educativo de los estudios geográficos*.

En esta conferencia estudia atinadamente el autor la influencia de la geografía y de los estudios geográficos en la educación intelectual, en la persuasión del carácter y en la educación social, con gran acopio de incontrovertibles razones de mucho provecho para quien las leyere.

En ellas, así como en las que componen el resto de la erudita disertación del cultísimo académico, campean lozanas aquellas amenas y elegantes galas del buen decir. Sin afectación, pero sin vulgaridades de mal entendida llaneza, con natural y correcta elegancia, el estilo tiene aquí, a despecho de cierta natural entonación científica, la afable simpatía de la plática. No excluye esto, antes al contrario, lo subraya con claras gracias suatorias, el aspecto doctrinal, que le da consistencia, valor y duración.

R. M.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

POSTALES CHILENAS

La novela chilena ha pasado por 1930 un poco oscurecida. Los grandes escritores parecen dormir, a la espera de tiempos mejores. Algunos escriben pero no publican; los que han escrito están inéditos por las dificultades editoriales inherentes a un país en que la literatura no da para vivir, ni bien ni mal. Dentro de la sequedad del ambiente conviene desprender *La viuda del conventillo*, de Alberto Romero. Anotemos un signo: no ha sido editado este libro en Chile. No hay editores en el país para la buena literatura. ¿Están aburridos de auspicar empresas poco comerciales? ¿No creen en las letras chilenas? Hay un poco de las dos causas. Para no acometer nuevas iniciativas se basan en dolorosas experiencias de libros que no se han vendido y que duermen el eterno sueño en las bodegas frecuentadas por los ratones, voraces comedores de papel. Que no creen en las letras chilenas lo prueban algunas empresas que se han dedicado a la fácil tarea de publicar libros extranjeros. Por cierto que sin pagar nada a nadie y sin respetar el derecho del autor a obtener el producto de su obra.

La viuda del conventillo es un libro curioso, que empalma muy bien en la traducción naturalista o realista de la literatura novelesca de Chile. Todos o casi todos los escritores chilenos de los últimos veinticinco años han hecho lo mismo que Alberto Romero; hurgar en los bajos fondos, cantar las vidas humildes. La mayoría de ellos ha buscado su escenario y sus personajes entre los hijos de la tierra. La cantidad de novelas y cuentos campesinos que se ha escrito en Chile es fabulosa. Pero Romero ha sido de los pocos que se ha detenido en la ciudad. Hijo de la ciudad y descendiente de una familia avecinada en ella, no podía dirigir al campo sus ojos cuando llegara el momento de elegir un tema. Sin embargo, ha llegado hasta el suburbio, es decir, hasta aquella parte de la ciudad que no es la ciudad misma sino que participa en mucho de la vida del campo. Uno de los personajes, por lo demás, Angelito, es un campesino listo al cual se le revela un día, por casualidad, la fácil manera de hacer dinero o, por lo menos, de vivir. Se convierte en *gigolo*, para usar una palabra internacional en reemplazo del chileno *lacho* que es el que en este caso conviene. La transformación no es infrecuente en los bajos fondos santiaguinos; pero el proceso por el cual Angelito pasa de una profesión a otra no ha sido suficientemente explicado por el autor.

La viuda del conventillo tiene una vir-

tud esencial: muestra un novelista nuevo. Alberto Romero había publicado ya, es cierto, varios libros. Pero este es el primero logrado plenamente, el primero en que un novelista resplandece. De sus libros antiguos queda en este —como ganga— un visible anhelo por dar a conocer a los personajes no por sus actos, sino por la imagen que de esos actos tiene el autor. Manera indirecta de novelar que nunca será tan fuerte y poderosa como para conquistar los mejores públicos. En esto y en algunos detalles de la acción, este libro se emparenta con *Germinia Lacerteux*, de Goncourt. Germinia y Eufasia —la viuda del conventillo— son mujeres para las cuales se abre un día la senda del sexo con todas sus atracciones y sus encantos primitivos. Pero cada una la sigue a su manera. Germinia se entrega al vicio en forma triste; Eufasia no hace más que querer a un hombre indigno de ella, y por él lo da todo. Por fin se hace la luz en su cerebro primitivo, y antes que seguir la vía del prostíbulo, al cual la asomó Angelito, se casa con un amante platónico, un italiano. Este Guido Lambertucci, aunque un poco inverosímil, respalda un personaje interesante. Por un amor sacrifica sus ensueños de riqueza; por volverse digno de la mujer que quiere se olvida de hacer la América. Rara avis.

También conviene anotar bajo el signo de la novela el premio literario concedido a Manuel Rojas por su libro *El delincuente*. La Universidad de Concepción, institución particular de cultura, abrió un premio para recompensar la mejor obra de cada año, desde 1929. En el curso de ese año pareció *El delincuente*, que ahora ha sido premiado.

Manuel Rojas es un joven escritor chileno cuya vida es muy interesante; difícilmente puedo resistir al placer de contarla. En pocas palabras: ha conocido el lado más sombrío de la existencia. Hoy, anclado en un cargo burocrático en la Biblioteca Nacional de Santiago, hace cuentos y novelas breves con episodios de su vida vagabunda y accidentada. Un manojito de estos recuerdos aparece en *El delincuente*, libro que en su hora mereció un elocuente y tierno comentario de D. José María Salaverría. El culto escritor español leyó en ese libro con especial detenimiento *El vaso de leche*, relato en que la vida de un puertito donde pasan inmigrantes y donde el hambre no deja de asaltarlos, se refleja por modo sutil y convincente. Pero no es esto lo único de interés que se lee en este libro. Muchas de sus páginas tienen mayor sugestión para el lector chileno por el fresco perfume a tierra nativa que de ellas se exhala. Es un libro bien escrito, además, que se lee con encanto no sólo por la amenidad de sus escenas sino también por la bella simplicidad del estilo. Seguramente en él ha influido que Manuel Rojas sea también un poeta de altos merecimientos. Su libro *Tonada del transeúnte* es la mejor prueba de esta dual aptitud del joven escritor.

Otras novelas también se han publicado en los meses corridos de 1930. Mas casi todas apenas alcanzan una mención. Una de ellas, espesa y copiosa en demasía, *Maran Atha*, por Luis Ignacio Pérez, sirve de pretexto a una tesis religioso-social tristemente emparentada con el folletín. El olvido es su mejor recompensa. Otra en exceso breve y superficial, *Barula*, por Carlos Vattier Bañados, es obra de autor sobradamente jo-

ven. Hay en ella buenas intenciones visibles. En fin, *Maromeros*, por Juan Mansoulet, no queda dentro de la literatura por la forma cochambrosa e indigente en que ha sido escrita por un principiante que no domina siquiera la gramática.

Todo esto prueba, entre otras cosas dos: la primera que la novela no se da como fruto sólo en nuestras letras; la segunda que se lanzan a hacer novelas muchas personas que no han vivido lo suficiente ni conocen la difícil técnica del género. Chile cuenta con buenas novelas, desde el alba novelesca en que don Alberto Blat Gana, influido poderosamente por los escritores de entonces, puso las primeras piedras de la novelística chilena. Pero al lado de los pocos aciertos, ¡cuántos engendros infelices, cuántos traspiés! A pesar de ellos, los escritores escarmentan poco. Todos los años se inician en forma igualmente lamentable tres o cuatro aspirantes. Con un poco de tino, con mayor estudio, con menos prisa, podrían haber llegado más lejos. Entregados a sus propias fuerzas y, sobre todo, a la ebriedad de hacerse luego un nombre, consiguen sólo fracasar. Es triste y debería ser ejemplar.

Promesas de nuevos libros hay muchas, y algunas se amparan en firmas que son ya solventes para la literatura. En los días en que este comentario se publique habrá ya aparecido *Reloj de sol*, libro de cuentos de Marta Brunet, una especie de Víctor Catalá chilena, recia novelista del campo, que bajo un estilo primoroso y ágil presenta arduos temas sentimentales y pasionales. Sobre este libro cabrá seguramente decir algo en ocasión próxima. También publicarán libros en el año Ricardo A. Latcham, muy conocido en Cataluña, donde residió varios meses hace poco, Hernán Jaramillo, Salvador Reyes, Domingo Melfi, etc.

El año que termina en resumen es flojo y pobre hasta el momento. Difícil parece que a última hora una obra considerable haga cambiar este juicio provisional pero que comparten desde luego todos los observadores de las letras chilenas.

RAÚL SILVA CASTRO.

El autor y el lector frente al libro

Teníamos pocos años, poquísimo dinero y un ardor literario insaciable. Nuestra exigua biblioteca iba emergiendo lentamente, volumen a volumen, de entre las capas de polvo que amenazaban soterrar los barracones de las calles de San Bernardo y adyacentes, donde los libros vivían en la extraña vecindad de las meretrices sin que hayamos logrado aún la exégesis de tan insólita convivencia.

Muro de ladrillos, biblioteca; o bien, biblioteca, muro de ladrillos. Muro de ladrillos que iba agobiando poco a poco nuestra perspectiva doméstica. Muro que nos iba bloqueando, aislándonos, insuperable para aquel delgado cable afectivo que cada hilada de libros tensaba más haciéndolo más quebradizo, más inverosímil y no roto gracias a un sutilísimo soporte, la sonrisa conexiva de la hermana menor.

¡Un libro! ¡Con qué ingenuo ardor transmutábamos el concepto en surtidor de imágenes especiosas!

Un libro es una azada que va removiendo nuestra arcilla, desmigándola y trabajándola para convertirla en tierra fértil.

Un libro es un milagro perenne que puede convertir en rosas las llagas de los leprosos.

Y una profunda intuición nos decía que un libro puede empujarnos violentamente del otro lado de las cosas, y encontrar-

nos de pronto con una fórmula nueva vida, con una inversión de valores que no habíamos sospechado.

¡Cuánto amor teníamos para aquellas adquisiciones humildes, volúmenes desfilados ya, y sobre los que, a veces, olvidábamos de su contenido para seguir el rastro de una emoción que pudo dejar entre las hojas un lector lejano. Una ta breve, una estampa, cualquier sem una flor disecada, abría ancho campo a nuestra imaginación, y las criaturas y ideas del libro se movían entonces con un ritmo nuevo, más vivo, más preciso, más humano que el que les había enseñado su autor. Era como si operara sobre ellas una esencia huída del desconocido que, un día, supo aligerar peso de su terrible diario recogiendo bre aquellas páginas una embriaguez epopeyas.

Escaparates de librerías. Cepos que mordían los pies en nuestro deambulo callejero. Detrás de su cristal, nuestro gran sueño se burlaba de nuestro bolsillo exhausto. ¡Libros nuevos que ninguno había aún hojeado; que tenían apretada y densa toda su emoción, todo mundo de sugerencias!

Preferíamos, sobre todos, aquellos editados en rústica con cubiertas luminosas como bengalas, detonantes como cohetes abigarrados y vivaces como una fiesta popular, por sus hojas plegadas que parecían reservar así su contenido a un cierto y codicioso lector.

No se vaya a suponer que no estimamos los libros bien encuadrados; ya teníamos soñada una biblioteca de volúmenes impresos en grueso papel de bahuesado, de bordes mordidos y amplios márgenes, cubiertos de cueros descoloridos, anchos y planos como carpetas, que podríamos leer descansándolos sobre atril de las rodillas. Un día se verificó la transubstanciación de nuestro sueño y tuvimos entre las manos el codiciado volumen íntegro.

Mirábamos el libro sin abrirlo, dejándonos ganar por la emoción. Sabíamos que, dentro de su clausura, un cerebro humano había encerrado un mundo o una imagen del mundo, y considerábamos el poder de nuestra mano que empuñaba temblorosa la rutilante cuchilla.

Un libro plegado es la imagen más completa de la esterilidad. Dentro de la vida se fosiliza adquiriendo esencia arqueológicas. El autor no sabe nada hasta qué punto sus criaturas son sólo guras de museo —¡mil veces más fecundos los muñecos de cera de los barracones!—; no sabe hasta qué punto aquellos gestos se han petrificado entre olor de la tinta de imprenta y la frialdad de las máquinas plegadoras. Criaturas, ideas vivas salidas de sus manos ya no le pertenecen; por un infalible mecanismo cambiarán eternamente entre sus posibles o dudosas verdades sin tender nunca, girando rigurosamente el límite de sus trescientas, sus cuatrocientas, sus quinientas páginas.

Vida lineal, de un solo perfil, sin sin resonancia, naciendo y muriendo sí misma, sin pasión y sin fe, como que sabe que tiene su designio trazado. Porque toda idea, toda acción tropiezan con esa página tope, que es la última página, y allí morirá sin consecuencia oscuramente; morirá de limitación y enraquecimiento.

LUCIANO DE SAN-SAOR.

Librería Española

EN PARIS

LEON SANCHEZ CUESTA

Servicio esmerado, rápido y económico de libros a todos los países

PARIS (V.)

10, RUE GAY-LUSSAC

MADRID

CALLE MAYOR, 4

LA LIBRERIA BELTRAN

PRINCIPE, 16-MADRID

envía a reembolso todos los libros

LETRAS HISPANO AMERICANAS

Enrique González Martínez

En la larga práctica de libros de quien se describe las presentes notas críticas, rara vez se ha encontrado un poeta contemporáneo que conmoviese tanto como el mejicano Enrique González Martínez. Hasta el punto de hacerle olvidar por un momento toda veleidad de análisis o de examen crítico.

Y una de las cosas que más le sorprendían fué observar cómo tal poeta no parece gozar —ni aun entre los pueblos de habla española— el vasto renombre que su obra poética merecería. Hasta Blanco Fombona, que es un as del his-



Enrique González Martínez.

pano-americanismo, al ocuparse de González Martínez, en un reciente volumen sobre el modernismo en la literatura de la América española, lo comenta en muy pocas palabras.

González Martínez merece, en vez de esto, el título de grande entre los poetas hispano-americanos, por cuanto y acaso más que Rubén Darío, si la grandeza de un poeta se mide por la intensidad de emoción que hace penetrar en nuestro espíritu y no por el hecho casual que hayan favorecido su fama.

Claro está que si nos fijamos ahora en la "americanidad" o el americanismo de González Martínez; si queremos inferir la grandeza de este lado o aspecto continental de la fidelidad del poeta a la naturaleza o al espíritu americanos o, por lo menos, mejicanos, entonces debemos convenir en que bien poco se encuentra en el que legitime aquella presunción empuñada de grandeza. Lo pintoresco exterior —matiz que se puede referir particularmente a Méjico, país de contrastes de línea y de color— está ausente de su lírica; así es que, si alguno creyese encontrar temas o motivos naturalistas locales, quedaría desilusionado. Pero esto no es sólo falta de la lírica de González Martínez, sino también de mucha parte de la poesía mejicana contemporánea, y aun de la hispano-americana en general. Tributaria de los espíritus y formas de la poesía europea.

No vamos, por tanto, a buscar la gran idea o, mejor, la belleza de la poesía de nuestro autor en motivos locales, o de ambiente, porque ni siquiera los encontraremos, o los encontraremos escasos, hasta en Rubén Darío. Aunque a éste (dejando aparte sus versallismos, sus exó-

ticas elegancias sentimentales y la retórica, ¡que tanto mal ha causado a la América literaria!) se ha reconocido cierto empeño propiamente continental que encanta y seduce.

La belleza de la poesía en González Martínez es de naturaleza diversa. Escasamente proyectada o transfundida hacia la exterioridad, hacia la naturaleza o hacia los hombres y sus pasiones, la poesía de González Martínez es, en cambio, íntimamente y profundamente subjetiva, verdadera poesía lírica, en una palabra. Toda ella es una fuga, una evasión del alma, desde la cerrada cárcel de la vida hacia el absoluto. Un anhelar perenne del espíritu en la realidad sensible, y una realidad suprasensible de la cual aquella sólo sería la imperfecta traducción.

Así se circunscribe y así se define —dejando aparte su subjetividad— su intimidad, la tendencia, simbolista de esa poesía, el simbolismo de González Martínez.

Simbolismo; ansia metafísica que no es, sin embargo, en perjuicio para el verso, para la expresión poética —como en otro gran poeta mejicano, en el Amado Nervo de la madurez poética o, mejor dicho, filosófica—; puesto que en González Martínez es idéntico el amor de la forma y el de la idea, forma y sustancia se corresponden en su poesía. En esto permanece fiel a la estética simbolista, uno de los cánones de la cual es precisamente el cuidado por la musicalidad del verso.

Establecido esto, se debe añadir que raras veces confina el simbolismo de nuestro autor con la oscuridad. Si hay en él menos propensión a la "reverie", al difuminamiento —y esto es acaso un inconsciente reflejo de su naturaleza de mejicano, o sea de hijo de una tierra con relieves netos y bien acentuados—, tiene también un empeño mucho mayor en no encerrarse en el estéril hermetismo, defecto y hasta retórica propia del simbolismo. Se nota en él una mayor tendencia a servirse de los símbolos para decir cosas transparentes, de tenues velos con fondos de alegoría.

Su lírica se ha agravado, además, con todo el acervo de tormentos e inquietudes espirituales propio de nuestro tiempo, y que en la época del simbolismo no fueron intensamente advertidos. Acaso sólo por Sully Prudhomme. De aquí la más sincera garantía humana y contemporánea de esta lírica respecto a aquella de otros grandes poetas de América, del mismo Rubén Darío, o de Lugones, por ejemplo. De aquí su consonancia de palpación con nuestro vivir moderno con nuestro corazón moderno, batido entre la esperanza y la desesperación, ansioso del ala y, sin embargo, consciente de lo precario de su vuelo, de cada vuelo.

He aquí cómo hemos llegado a la humanidad de la lírica de González Martínez, o sea a la profunda y sincera vibración humana de tal lirismo. Revelación escueta de un puro, pero desencantado corazón, protegido por una actitud de prometeica austeridad, de serenidad casi trágica frente al destino.

Lirismo que parecería, en último término, artificio romántico, si el gesto, aspecto eminentemente romántico, no estuviese excluido de esta poesía de casi parnasiana compostura, casi sin gritos ni ademanes que turben o esfuercen la limpia y lineal expresión.

Esta última aclaración nos ayuda a comprender por qué, a pesar de lo íntimo y subjetivo en que esta lírica se obstina, nos seduce tanto. Y es por una especie de alta enseñanza de sabiduría que ella presenta "en passant". Es por un

austero estoicismo por lo que forma el íntimo tejido moral que de ella emana. Aunque esta poesía traduzca realmente ansias y transportes individuales, aunque parezca apartada de la realidad dolorosa del género humano, tiene el enorme poder de transbordar su caudal emotivo en nuestro espíritu.

—¡Hazte duro muchacho! —amonestaba D. Segundo Sombra a su protegido; una cosa semejante es lo que expresa líricamente la enseñanza tácita de González Martínez. Y hasta esto es, a su modo, un evangelismo acaso menos vistoso y dramático, pero ciertamente más heroico y más noblemente humano.

Más recientemente se encuentra una nueva tendencia en González Martínez, cierta tendencia a salir, a evadirse de la torre de la intimidad lírica, a humanizarse y volver a entrar en el torrente circulatorio de la vida universal, sin perder por eso de vista el objetivo propio, la sublimación del alma. Tal tendencia aparece ya manifiesta en las colecciones de obras líricas "El romero alucinado", "Las señales furtivas", en las cuales aparece

de vez en cuando un nuevo e insospechado matiz, la ironía, una ironía tenue, en sordina, pero, sin embargo, siempre ironía; el sentimiento que ironiza sobre sí mismo, hasta deformando y desarticulando la anterior trascendencia espiritual y poética. Esas recientes colecciones de versos son interesantes porque el poeta rompe con ellas la tradicional "tournure" del verso en las poesías anteriores —compuestas, generalmente, de endecasílabos y alejandrinos rimados—, despedazando la frase poética, revolviendo el ritmo, haciendo más conformes con el tiempo sus cualidades líricas en la métrica y el sentido poético.

Por todos estos motivos, por la belleza formal en que se amolda, por la profundidad de sentimiento que revela, por el ansia de eternidad, de humana sublimidad, por su secreta consonancia con nuestro tormento contemporáneo —aunque esta consonancia no haya nacido ayer—, la poesía de González Martínez merece el más amplio conocimiento y la más vasta conformidad.

PIERO PILLEPICH

POEMAS DE ADOLESCENCIA

I

Fraternidad.

Carreteras polvorientas de Andalucía. Bajo un sol africano que abraza los horizontes. Viendo a lo lejos, allá en la hondonada, el arcaico paraíso: árboles, muchos árboles, cabe un angosto riachuelo.

Unos tras otros, los mendigos descienden a la hondonada. Arrastrándose agobiados bajo el fardo de su pereza. Van en busca del cortijo. Donde aun son generosas, ¡loado sea Dios!, las horas de doce y de siete. Las horas inveteradas de la comida.

Yo soy uno de tantos entre tantos mendigos cubiertos de harapos, cubiertos de polvo y de sol. Como ellos, con mucha humildad, digo yo también: ¡Ave María purísima! Sin levantar los ojos del suelo. Con voz muy doliente, con voz lastimera.

En la puerta del cortijo sufro las burlas de mis hermanos hambrientos. Que comprenden mi timidez de novicio. Vana resulta mi primera tentativa. No tengo cuchara. Cuando uno de los mendigos me presta la suya, no quedan rastros de comida en la cazuela.

II

Primeros viajes.

Playas ardientes del sur. Arenas color de oro viejo. Arenas rebosantes de sol. Acariciadoras de mi cuerpo joven, libre, completamente desnudo. Estremecido por mi primer gran pensamiento: alcanzar con las manos el cielo. Lejos, muy lejos de los hombres.

Yo he redado por los barcos de modesto tonelaje. Aquellos barcos que surgían de lo profundo del mar en mis largos paseos por la playa desierta. En aquellos barcos que venían abarrotados de horizontes lejanos, de países maravillosos, de misteriosas promesas.

Fuí marinero para que mis ojos sedientos se me llenasen de mar. Para que mis ojos aun vírgenes se hundiesen en las más remotas lejanías. Para encaramarme a lo más alto del palo mastelero. Y jugar desde allí con las más altas estrellas.

Los viejos contramaestres no me dejaron nunca jugar con las estrellas. Desde las dos de la madrugada hasta las nueve dadas de la noche me obligaban a trabajar duramente. Rendido, medio

muerto de cansancio, más que muerto de fastidio, huí de los barcos aquellos. Huí de la mar liberadora.

III

Primeros amores.

El carcomido catafalco, tantas veces santo, tantas veces milenario, se derrumba con estrépito. Sobre las ruinas de la antiquísima ciudad, una ciudad nueva va extendiéndose por los campos. Una ciudad nueva que tiene raíces muy profundas. Que tiene la cara ya decrepita.

Remolinos de luz y de polvo se levantan de las murallas caídas. Remolinos agitados por ese viento infernal, que galopa por la inmensidad de la desierta llanura. Hostigando mis ojos que atisban angustiosos la desnudez de una estatua de piedra.

Una estatua de piedra que yace olvidada entre los escombros. ¿Acaso una Virgen Santísima? ¡Oh, no, no, mil veces no! Nuestra Señora jamás se muestra desnuda. ¿Acaso una diosa?, me pregunto todos los días, viéndola de cerca. Cada vez más de cerca.

Estoy solo en el campo. También está sola la diosa. Mis manos, ávidas de conocer, se apoderan de todo su cuerpo. Mis labios, abrasados por la fiebre, se crispan sobre su boca. Los senos de la diosa, horrorosamente firmes, desgarran mi ropa y hunden mis costillas.

MARCIAL RETUERTO

«DIARIO INTIMO»

E. F. AMIEL

Segunda edición de la única versión completa de este libro maravilloso y universal, considerado por todas las críticas de Europa como la obra maestra del pensamiento humano contemporáneo.

2 TOMOS: 10 PESETAS

EDITORIAL - AMÉRICA. CIAP.

LIBRERÍA FERNANDO FE

PUERTA DEL SOL, 15

Escaparate de libros

Duque de Canalejas: "Otoño revolucionario".—C. I. A. P.

Todo el sentido deportivo y sano de nuestro tiempo, todo el despreocupado dejarse vivir de la juventud sin trabas, ambas cosas se resumen en este pequeño libro, pleno de sugerencias, esencialmente cinematográfico por el espíritu y la presentación.

Saltándose "a la torera" todos los períodos grises y opacos del capitalista, el burgués y el señorito, del cortesano, el príncipe humanista y el señor feudal, vuelve a resucitar Canalejas el tipo del barón bárbaro "jefe de hombres", el caudillo guerrero del paganismo en el "Walhalla" nórdico o del escepticismo árabe en el desierto ancho y limpio de antes de Mahoma, por donde corrían los caballerescos jefes de tribus despreciativos del amor, las castas y el azar. Desplome de la hojarasca protocolaria. Reparición del "hombre que no tiene nada más que la calle para correr", del hombre hombre, que es el jefe de las demás porque es el más hombre de todos, es decir, el más sereno, el más humano, el más diferente de la Naturaleza apasionada y confusa, el que todo lo toma con fatalismo y hace las cosas "porque sí", en el sentido de buscar en ellas lo más juvenil, esa hermosa inconsciencia de la vida pura que es todo apetito y ausencia de responsabilidad.

Este libro es un canto ardiente a la eterna juventud. A la serenidad. Poner a Nietzsche en la cumbre de la vida, y a la vez no hacerle ningún caso a Nietzsche. Y, sobre todo, no darle a nada demasiada importancia, por aquello de Bergson de que la risa es lo más humanamente humano.

El amor y la política, como el mismo espectáculo pintoresco y frívolo de idéntica intriga. De la práctica del amor galante cotidiano, amor frío, se pasa a la revolución en frío porque lo esencial es sentir el imperio despectivo sobre el sexo o sobre las ideas. Ser hombre es no estar mecanizado en el trabajo ni en el erotismo. Y considerar que lo más importante de la vida es vivir.

En resumen: el libro de Canalejas es un perfecto ejemplar de novela pura, con sucesos puros y puras palabras. Todo lo esencial. Y nada más que lo esencial.

G. B-U.

Adelardo Fernández-Arias: "A través del país que Gandhi despertó".—C. I. A. P., Madrid.

Un reportaje español sobre la India revolucionaria. Y, además, el único reportaje europeo —no inglés— sobre la India. El primer periodista que ha entrado en el remolino de la revolución india, que es acaso el acontecimiento esencial de la historia contemporánea, ha sido un español, que, entre la exaltación de las muchedumbres fanatizadas por los brahmanes y la fría tiranía de los ingleses, ha conseguido fijar el perfil exacto del levantamiento indio. Fruto de su labor son dos libros. Este, que es el relato del viaje, y "La India en llamas", estudio político-social del nacionalismo indio y su influencia sobre los cuatrocientos millones de almas que hay en la gran península triangular.

Tienen estos libros dos altos valores. El documental, esencial en el siglo de la gran prensa, el gran cinema y la radio. Máximo valor documental. Reporta-

je en carne viva. Fina disección sobre el cuerpo hoy cataléptico, mañana despierto y atlético, de la gran India, que es lo más enorme del enorme mundo moderno. Y el valor deportivo, sanamente y actualmente deportivo, de este cruceo periodístico español a tan gigantesco herido político. Ese periodismo español, fervientemente idealista, pero también exageradamente sedentario —a pesar de sus escapadas a las Españas de la otra orilla, Españas americanas que no son España, pero lo parecen—; periodismo que en estos libros de Fernández-Arias se superespañoliza al lanzarse por el mundo quijotesco para deshacer entuertos y libertar naciones menesterosas, llevando a la información la tendencia ambulante de nuestra novela y nuestro poema, desde "Mío Cid" al "Quijote", el "Lazarillo", el "Diablo Cojuelo", el romancero y tantas otras obras errabundas. Afirmando el vagabundo de las letras españolas es un acierto de Fernández-Arias.

A otro lado del valor personal queda el nacional. De España sale la primera voz en defensa del pueblo más oprimido. En España se creó el Derecho de Gentes y en España predicó Ganivet, antes que nadie, la rebelión colonial. Y a España no puede asustarle la rebelión de los pueblos de color en Filipinas, Méjico, las Antillas y los países árabes. España tuvo colonias antes que nadie, y antes que nadie las perdió. Los imperios coloniales de Inglaterra y Francia se hicieron sobre las ruinas del imperio español. Y esos países son inferiores a nosotros en que no sienten la fraternidad con los indígenas. Españoles blancos fueron los que en América proclamaron la independencia. Españoles y portugueses, los que abrieron a la India los caminos del mundo; por ellos les entró la violencia inglesa. En justa reparación, debe ser por los caminos españoles y portugueses por donde la voz de la India se oiga en el mundo. Ya que España derribó en América su propia tiranía, sea el nombre español emblema para derribar la tiranía de los demás.

GIL BENUMEYA.

LA CAPITAL.—Eca de Queiroz, traducción de W. Fernández Flórez.

¿Maravillosa minucia de lectora? Declaración detallista en la que la sagacidad de lo profundo se viste las galas ligeras de lo efímero. Humorismo hondo, penetrante, sutil, amargo y placentero a un tiempo mismo.

Eca de Queiroz es uno de los más grandes escritores de que puede enorgullecerse la Humanidad. Su arte está por encima del Bien y del Mal. Por encima y equidistante, como un Dios justiciero y risueño. Sus libros cumplen con sagrado, eterno e inapelable acierto las cardinales calidades de la Creación. Barro que se hace eternidad precisamente al modelar lo perecedero.

La Capital, obra póstuma del autor prodigioso de La Reliquia, y que ahora, maravillosamente vertida al español por la pluma maestra y queirozana de Fernández Flórez, constituye sabroso regalo para todo lector español inteligente, muestra, con lucida y huida plenitud, todas las gracias del gran escritor. El proceso psicológico del protagonista, sus peripecias sentimentales en la gran ciudad donde quiebran y se angustian sus ensueños de gran poeta provinciano, sus mentirosas ilusiones alu-

cinantes, están trazados de aquel maravilloso modo sutil, delicado y serio, enorme y minucioso, que es la delicia inmortal de El primo Basilio y de La ilustre casa de los Ramírez.

El hijo del gran novelista, en un prólogo que se inserta también en la edición española de La Capital, cuenta la historia de esta novela, con relación de todas las vicisitudes que sufrió en vida de su autor ilustre. Este prólogo, que contiene, además, el anuncio y la grata promesa de la publicación de otras obras póstumas de Eca de Queiroz, presenta interés grandísimo, en cuanto da a conocer detalles y episodios de la vida de aquel gran autor, de innegable utilidad para su biografía y aun para el estudio psicológico y literario que, en lo futuro, se intente en torno al milagro del glorioso portugués.

La Capital es la amenidad de la amargura, la profunda tragedia de lo cotidiano, el dolor del hombre frente al hombre... Es la creación de un minuto de lo imperecedero, a través de la dinámica frenética y cruel, implacable y absurda, de lo efímero.

La grandeza panorámica, la vastedad del propósito, se unen aquí, como en cualquier otra obra del autor de La ciudad y las sierras, a una prodigiosa facultad de miniaturista. El humor es como un esmalte que quema, fija y purifica el valor de la joya, eternizándola.

No es esta ocasión —y sería incluso pedantesco aprovecharla, si lo fuera— para escribir largamente acerca del autor de La Capital.

Habrán bastado quizá las líneas precedentes para señalar a los lectores la delicia de esta novela, en la que hay páginas maravillosas, y que es toda ella sustanciosa y esencial.

R. M.

SEXO Y HUMOR

El último libro de Enrique Jardiel Poncela. Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?, reafirma para su autor un puesto en la primera línea del nuevo humorismo. Cuando el humorismo ha dejado de ser una reacción cínica ante el sentimentalismo —es decir, cuando lo sentimental ha dejado de cotizar en la literatura y su reversión al humor no ha tenido valor de sátira—, el imperativo de risa se ha encauzado hacia un nuevo humorismo de desenfado verbal e imagen descoyuntada cuyo origen habría que buscar, para España, en la obra de Ramón Gómez de la Serna. Jardiel Poncela es un militante extremo, en un extremo que alcanza fronteras de discutibilidad, en lo que se refiere a resortes humorísticos.

Pero el señor Jardiel Poncela sabe que la fórmula que usa es muy de hoy. Lo que seguramente no imagine es que la esencia de su novela cae dentro de la más genuina tradición literaria española.

Para ser más exactos, sin embargo, convendrá que hagamos un deslinde de los temas capitales del libro. De una parte, el específicamente resultante de la fórmula sexo + humor; de otra, el menosprecio humorístico de la mujer.

El primero es un tema general desde el Renacimiento. En Bocaccio, en el Arcinigo, en los cuentistas franceses del XVI, en las narraciones libertinas del XVIII, la mezcla erótico-humorística —el cornudo satisfecho, el marido engañado, ciertas derivaciones de la picaresca—, aparecen mezclados los temas del amor y del humor.

Pero no se ataca aquí directamente el tema. Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes? es una visión humorística —irónica— del donjuanismo, o quizá, más estrictamente, de la literatura de alcaide y del donjuanismo literario. La mujer está incluida en un concepto ampliamente desfavorable, como falta de ser, como frívola, como engañosa, como poco inteligente.

Uno de los primeros escritos en prosa con que cuenta la literatura castellana es el Sendebarr: Libro de los engaños et de los assayamientos de las mugeres (1253).

Toda la literatura medieval está llena de obras de este tipo. Se encienden polmicas sobre la bondad y maldad de la mujer; se buscan ejemplos y se debaten largamente sobre el culpable del pecado original. Don Alvaro de Luna publica un libro caballeresco: "Claros y virtuosos mugeres". Pero todavía, en pleno siglo XV, un escritor dedica una de las partes más interesantes de su obra —el Carbacho— a acusar a las mujeres de parlanchinas ociosas, perezosas y pecadoras. Este escritor es un clérigo: D. Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera. Pero no vayamos a escandalizarnos por esto.

Lo más grave de la acusación a la mujer estriba en aquello que atañe a su dignidad, a su honor. Jardiel Poncela incide manifestamente en esta actitud. El título de su novela es de una crudeza extraordinaria. Pero —no nos escandalicemos tampoco— esto cae también dentro de nuestra mejor tradición literaria.

Otro clérigo. Un clérigo mercedario que construyó con su obra las mejores y más augustas figuras de mujer que existen en nuestro teatro: Tirso de Molina. Tirso de Molina, en "El vergonzoso de Palacio", sostiene, por boca de un personaje, que no hay mujeres forzadas contra su voluntad. Junto a María de Molina, la villana de Vallecas, o Marta Piadosa, arquetipos de dignidad fuerte, un mesotipo de mujer despreciable, frívola, débil y pecadora, aparece en sus obras.

En su comedia "En Madrid y en una casa", el gracioso —Majuelo— dice de nuestras mujeres:

Pues después que hay en Castilla barbirrubios ginoveses, dicen que es cosa tan rara, que no se ha de hallar en ella un doblón ni una doncella por un ojo de la cara.

(Act. I, esc. I)

Eurico —ese Don Juan turbulento terrible de "El condenado por desconfiado"— habla de sus victorias amorosas:

—Seis doncellas he forzado: dichoso llamarme puedo, pues seis he podido hallar en este felice tiempo.

(Act. I, esc. II)

Ya ve usted, Jardiel Poncela, donde se quedan sus once mil vírgenes. En sendebarr. Luego vienen en las comedias de Tirso de Molina réplicas caballerescas en defensa de la situación de la mujer, y la convicción, en el lector, de que estas acusaciones están puestas en boca de villanos o graciosos —contrarias a las de los héroes—. Pero no importa. Queda el hecho de la actitud que encierra —en el mejor de los casos— una sorprendente intención de duda.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA

Talleres Voluntad, Serrano, 48. Madrid.